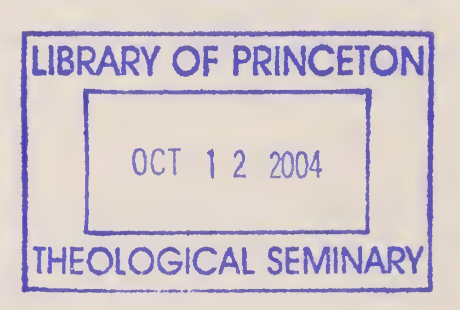




169

PALABRA
REINO
EVANGELIZACION

Vinculum

Vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

169 AÑO XXVI
Mayo - Agosto
1989

INDICE

DIRECTOR
P. Edgar Santos, OFM
Presidente

PROGRAMACION:
Junta Directiva

EDICION:
Secretaría

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Conferencia de Religiosos de Colombia
Calle 71 No. 11-14, Piso 3
A.A. 52332
BOGOTA

PRECIO DE LA SUSCRIPCION

Colombia	*$ 1.500.oo*
Exterior	*US$10.oo*
Aéreo	
3 números al año	

Licencia Mingobierno 0017-77
Tarifa Postal Reducida
Permiso 240
Resolución 470: 13 Feb. 89
Administración Postal Nacional

PRESENTACION

A los veinte años de Medellín y diez de Puebla, los pobres son para la Iglesia Latinoamericana una opción en permanente redescubrimiento. Siendo una realidad agresivamente indiscutible, muchos pastores hemos incurrido en el defecto de algunos técnicos: gastamos esfuerzos en la búsqueda de la definición de la pobreza, más que en comprometernos con los pobres, vivir su realidad y compartir esfuerzos y esperanzas. Buscando esa definición, dejamos que los pobres lleguen hasta la iglesia de la misma manera que llegan a la fábrica o empresa, cargados de esperanzas, pero impreparados para las consabidas decepciones. Hablamos mucho de los pobres desde nuestras irrenunciadas posesiones. Presentamos muchas tesis y teorías sobre la pobreza, ante los pobres que saben de ella por la vida y no por el discurso manido.

Este panorama, de acuerdo a circunstancias de diverso orden, se acentúa en ciertos espacios de poder eclesiástico o se difumina en algunas jurisdicciones de Iglesia en las que se trata de vivir en compromiso, propuesto con profundidad y humildad, en forma tal que al llegar la hora de la evaluación metódica se descubre que hay preparación suficiente para encontrar que Medellín y Puebla vigen o para confesar que la opción preferencial por los pobres fue documento y no vida.

Se siente en lo pastoral la necesidad de redescubrimiento constante de la significación y exigencias de esta opción y el trabajo apostólico realizado, definido por las respuestas de fe y solidaridad de las comunidades que las viven, nos lleva hacia la convicción de la necesidad de formular unas premisas que sean guía de este redescubrimiento, para que sea tan efectivo como sincero.

La opción preferencial por los pobres nos exige:

— *conocimiento de la realidad en la que el pobre subsiste,*
— *acercamiento sincero a esa realidad,*
— *convivencia en la plegaria, la esperanza, los caminos y derechos del pobre,*
— *coparticipación de sus actitudes, sus riesgos, sus fracasos y sus triunfos.*

Acerquémonos y aceptemos cada una de estas exigencias.

CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD EN LA QUE EL POBRE SUBSISTE

El pobre subsiste en una realidad que no es la mía y que no es la sugerida por ciertos elementos que hacen o conforman criterios comunes. El pobre, cada pobre, subsiste en su realidad, la suya personal y la de su medio o comunidad. Mi realidad es terminante y obsesiva. Yo soy poseedor de bienes, de valores, de criterios: siento, pienso y actúo desde mis poderes y frecuentemente soy incapaz de reconocerme poseedor y de renunciar a mis posesiones. Desde ellas le veo al pobre y desde ellas pretendo optar preferencialmente por él. Absurdo y abuso; absurdo moral y pastoral; abuso psicológico y social. El pobre, todo pobre, cubre un espacio muy real, ese espacio es el de un valor esencial sin adjetivos, de un poder natural sin instrumentos de expresión. Si quiero llegarme a él con mis criterios y desde mis poderes, lo revisto con el uniforme de mi talla y le entrego mis gritos de euforia para que llore sus tristezas. El conocimiento del pobre no puede ser el sugerido por las técnicas de relación y conquista de adeptos, ni por las estrategias sugeridas por mis conveniencias ni por los postulados impuestos por las injusticias estructurales o personales.

Para conocer al pobre tengo que llegar, entrar y asumir su realidad, aquella en la que él es, en la que él subsiste. Si no se puede llegar sin un gran renunciamiento, no se puede entrar en su realidad sin un inmenso respeto y para asumir la realidad del pobre se debe unir renunciamiento y respeto en amor, en ese tipo de amor que identifica, asimila y consolida pobreza con solidaridad. Mi renunciamiento a todo lo personal permite una gran libertad en el conocimiento de mi hermano pobre y de sus limitaciones: cuando actúo sin las restricciones de mi manera de ser, de mis criterios fijos, de mis preconceptos o prejuicios, logro descubrir valores y negaciones en la personalidad del ser que encontré en mi camino y ese descubrimiento me lleva al más hondo respeto, y de libertad y respeto nacen el amor, la solidaridad, la participación y la comunión. Un conocimiento de la reali-

dad en la que el pobre vive, desde estas posiciones, permite asumirla como es ella, en cuanto significa y exige. Ese conocimiento determina acercamiento, Puebla, en 1134, afirma que "la opción preferencial por los pobres 'determina' la necesidad de conversión de toda la Iglesia". Esta conversión exige, como dijera Medellín en 14,3 identificación y la identificación es imposible sin un conocimiento en amor de la realidad del pobre y su pobreza.

ACERCAMIENTO SINCERO
A LA REALIDAD DEL POBRE

Todo auténtico acercamiento no se refiere ni demuestra por la simple eliminación de distancias físicas o por la participación puramente material de problemas y necesidades. El acercamiento es mucho más profundo e identificador. El pobre, para abrirse y compartir su realidad con el que se le acerca, exige en ese acercamiento la adopción de su discurso *y el discurso del pobre no ha sido confeccionado por ninguna doctrina ni sistema. Los hombres de Iglesia nos acercamos fortalecidos —defendiendo ciertas conscientes o inconscientes prepotencias— desde nuestro modo de hablar evangélico. Confundimos con frecuencia Evangelio con nuestro aprendido discurso. Cuando el pobre nos oye, siente palabras postizas, que no salen de nuestra naturaleza y el discurso del pobre es muy natural, tanto que él no distingue lo suyo de lo evangélico. Oír a Jesús es oír su vida, es ponerse en su propio ambiente, es entonar con la realidad vivida. Por eso rechaza el discurso de "afuera", amanerado. Este es un punto radical en la pastoral preferencial por el pobre; hablar la sencillez de su discurso directo, simple. Pero ese discurso exige diálogo. El pobre, aun solo, dialoga. Su vida es un silencio en el que se oyen siempre la necesidad y la esperanza. Cada instante es una palabra de demanda esperanzada al futuro y una respuesta de valor que dan las experiencias de solidaridad vividas. El discurso del pobre es comunitario, solidario, dialogante; es respuesta de todos a la identificadora realidad en la que vive. No hay mayor acercamiento al pobre que el realizado en una asamblea comunitaria y más aún en una Eucaristía, cuando se da palabra a cualquiera para que revele su reflexión evangélica. En ese instante de Cristo, que hace comunidad con sus pobres, el diálogo entre la fe sencilla y la apertura cultural al hermano, expresándole o entregándole el aporte de la reflexión personal, constituye la más inimaginable forma de acercamiento. En ese diálogo se conforma la unidad comunitaria de los pobres, que después la consagra e integra la Eucaristía. Cuando se tiene el discurso del pobre y se vive en su diálogo, la opción preferencial cobra una energía evangelizadora tan natural como efectiva. Entregar el Evangelio al pobre, afirma Puebla 1145, es el más propio servicio pastoral. En ese servicio Cristo anula distancia y se hace presente entre todos, dándonos su Palabra, su Cuerpo, su Sangre, su Vida.*

CONVIVENCIA EN LA PLEGARIA
LA ESPERANZA, LOS CAMINOS Y DERECHOS

La pobreza desnuda psicológicamente y por eso la oración se hace contemplativa en todo pobre. Puede gastar su tiempo y su ser contemplando. Sin embargo, esta contemplación "acampa entre nosotros", se encarna. Tengo muchas experiencias de oración entre pobres. Su capacidad para concentrarse, entrar en su reducido espacio interior y valorar "lo mucho que hay en lo poco", les troca la contemplación en acción súbita, inmediata. El pobre no se queda en los cielos; invita al Señor a que se hospede en su casa, comparta su pan, dé pasos hermanos en sus caminos y les guíe en la defensa de sus derechos.

Deberíamos profundizar más en el significado de la meditación en el pobre. La hora de la oración no está prefijada en ningún horario. Ora en toda hora. Medita en toda actitud. Su templo es liso, barrido, simple: pobreza. Su rito es sencillo: una mano extendida, unos labios abiertos, ojos cansados pero alerta. Los técnicos no quieren estudiar la oración del pobre. Tienen miedo a aceptar la exigencia original de desnudez psíquica que en él es impuesta por la vida y aceptada sin restricciones por el amor.

Por las expresiones anteriores se puede colegir que convivir la plegaria del pobre importa e implica convivir sus esperanzas, sus caminos y sus derechos. Todos estos ricos contingentes de valores humanos son los temas de la plegaria del pobre y él los desarrolla contemplativamente, mientras camina con Cristo, mientras lo ve en la comunidad dando a su nombre significado real de esperanza, mientras lo siente vivo defendiendo el derecho del acusado o del abandonado. Puebla en 1153, al iniciar sus trazos sobre las que deberían ser líneas generales de pastoral, en la opción preferencial por los pobres, nos presenta a Cristo, en cuanto es el argumento de esta realidad contemplativa de la vida del pobre. Cuando se dice que "los pobres nos evangelizan", ante todo se confiesa que en el camino de descubrimiento de Cristo en nuestra vida personal y comunitaria, no hay pobre que no traiga consigo a ese único Cristo, que con él convive su realidad, su palabra, sus plegarias. Orar con el pobre es camino de su conocimiento, de convivencia de su realidad, y de coparticipación en el usufructo sagrado o en la defensa justa de sus derechos. Creo que la esperanza de encontrarse cara a cara con el Señor, como lo sueñan los justos, como lo buscan los piadosos y como lo merecen los necesitados, está proféticamente significado en la fuerza que la oración tiene en la esperanza del pobre. No hay esperanza más real: es una seguridad de Dios la que hace camino, la que se hace palabra y la que se convierte en derecho en la contemplación de los pobres.

COPARTICIPACION EN SUS ACTITUDES, SUS RIESGOS, FRACASOS Y TRIUNFOS

La acción pastoral, en cualquier opción que se considere prioritaria, exige una íntima coparticipación en las exigencias fundamentales de sus objetivos. El pobre nos pide optar por él en órdenes bien definidas de su vida, su medio de acción, sus derechos, sus logros. Este optar con él implica actuar con él, asumir como propias sus actitudes. Algunas de ellas se realizan en el ambiente de subsistencia, otras trascienden y tienen incidencia social, religiosa, económica y política. Los límites de la acción comunitaria no pueden ser prefijados. Llegan hasta donde alcanzan las exigencias de la comunidad y de todos los que la conforman, la coparticipación, como actitud solidaria, es entre los pobres la más definitiva y exigente opción. Si no es la vida con todas sus consecuencias, el decaimiento comunitario es inmediato. Pero no todos estamos preparados para enfrentar estas exigencias, para ponderarlas, para valorarlas. No es difícil, especialmente cuando media la tentación económica o la pasión política, que el pobre confunda opción comunitaria con interés de grupo. Y muy fácil es que los acostumbrados a manejar intereses de ocasión, confundan al pobre con propagandas obnubiladoras y lo inclinen por partidos y conveniencias, en lugar de acentuar su responsabilidad y definición por los principios fundamentales y las actitudes radicalmente solidarias, que es lo evangélico.

Puebla nos coloca a los que hemos optado pastoralmente por el pobre, de frente a estas comunes posibilidades difíciles (1155 y 1156) y nos empuja a una actitud valiente de coparticipación en la lucha, en los fracasos y en los triunfos. Y estamos de frente a un redescubrimiento de las exigencias de una opción por los pobres, que es más lírica que real: el pobre es sujeto político, religioso, cultural, social, económico, técnico, etc. Cada uno de estos órdenes lleva consigo sorpresas, problemas, dificultades. A ninguno le faltan también muy positivos estímulos. Los que nos hemos comprometido con el pobre no debemos supeditarnos a estimulaciones gratificantes ni a frenadoras decepciones. Optar por el pobre es compartir con él todas sus actitudes, con los riesgos de ellas, con sus fracasos y con sus triunfos.

El pobre es una opción pastoral preferencial. Pero esa preferencia es real si la vivimos en Cristo. Sólo él justifica la opción en sí misma y en la decisión de los que la acogemos como nuestra.

Cristo es el permanente redescubridor de una opción inagotable, siempre tan nueva como la Buena Nueva.

Luis Alberto Luna Tobar, OCD

PALABRA DE DIOS Y EVANGELIZACION*

P. Gustavo Baena, S.J.

Esta exposición solo intenta prestar algún servicio al enfoque que ustedes han querido dar a esta asamblea, a saber Palabra de Dios - Nueva Evangelización.

Me propongo, pues, ofrecer algún conocimiento sobre Palabra de Dios y Evangelio y sus mutuas relaciones, pero ya situados estrictamente en el campo de la Biblia.

Permítanme, por lo tanto, unas cuantas precisiones exegéticas que nos puedan asegurar una consistencia real en el manejo de la Escritura y que juzgo útiles para nuestra tarea evangelizadora.

I. PALABRA DE DIOS

Ciertamente es aún oscuro para la mayoría de los cristianos el concepto "Palabra de Dios".

Lo minimum es que se confunda el lenguaje humano de las Escrituras (D V 12) con lo que realmente es la Palabra de Dios. (D V 14). El mismo Concilio Vaticano II establece una comparación muy iluminadora y que entendida en una formulación en términos contrarios sería así: La Palabra de Dios se diferencia tanto del lenguaje humano de las Escrituras como la Divinidad se diferencia de la Humanidad en la persona de Jesús (D V 13).

A fin de alcanzar resultados prácticos más rápidos y a la vez empleando métodos críticos, situémonos, al empezar, en el anuncio mismo de Jesús, que es una posición intermedia, aún desde el plano de la comprensión, entre el anuncio de la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento y el anuncio del Evangelio en el Nuevo Testamento.

Hoy se tiene como resultado bastante unánime en la exégesis:

a) Jesucristo realmente anunció un Reino de Dios.

b) El lenguaje típico y original de Jesús fue sobre todo las Parábolas del Reino de Dios.

---

* Conferencia pronunciada en la XXVIII Asamblea General de la C.R.C., Bogotá, abril 30 de 1989.

c) Precisamente en estas Parábolas es en donde Jesús define la originalidad del Reino de Dios que él anuncia.

Esto significa que un análisis de estas parábolas arrojará como resultado en qué consiste el Reino de Dios anunciado por Jesús y cual sería su contenido real y su alcance.

1. ¿Qué es el Reino de Dios?

En la parábola del grano de mostaza (Mc 4,30-32), la parábola fundamental y que señala la escala de valores del pensar del mismo Jesús y de la Iglesia apostólica, el Reino de Dios es como un "grano". Ahora bien, el grano o la semilla es entendida en la explicación de la parábola del sembrador como Palabra de Dios; (Mc 4,14) sin embargo la explicación de la parábola no es propia del género parabólico y además es obra ya de la Iglesia apostólica, lo que deja entender que aquí Palabra es directamente Evangelio y no Reino de Dios anunciado por Jesús. No obstante existen razones, que ahora no es del caso exponer, para presumir que Jesús cuando comparaba el Reino de Dios con una semilla (el grano de mostaza) también entendía por semilla Palabra de Dios.

Ahora lo que nos resta por comprender sería, ¿qué entienden Jesús y los oyentes de su época por Palabra de Dios?

El concepto Palabra de Dios era ampliamente conocido en el Antiguo Testamento y concretamente entre los judíos de la época de Jesús. Era regular en la sinagoga, al lado de la Torah, la lectura de los Profetas, pero muy en particular el Segundo Isaías; (40-55) inclusive, era costumbre hacer un comentario u homilía sobre el mismo, como se refleja en Lc 4,16-22. Ahora bien, en el Segundo Isaías es bien central una comprensión teológica de la doctrina sobre Palabra de Dios, entendida como *acción creadora de Dios* o *como Dios Creador.* Más aún, esta Palabra de Dios aparece expresamente en contexto de sembrador y semilla: "Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié". (Is 55, 10s).

Por eso entonces es obvio concluir: El Reino de Dios que Jesús anuncia como idéntico a Palabra de Dios, es la *soberanía de Dios Creador en la creatura.* Pero todavía más, del estudio de las parábolas se desprende que este es el discurso preferido de Jesús para hablar de Dios Creador, su Padre y que la imagen que tiene de Dios no es un simple concepto, sino la realidad de Dios que acontece en él como Dios y que él siente, inclusive con connotaciones enteramente originales con relación al Antiguo Testamento.

Para Jesús la acción creadora de Dios, Dios Creador, se ubica al interior de la creatura humana y es desde allí desde donde Dios crea. Pero Dios no está allí o se hace presente en forma estática, para después en un segundo acto desatar su acción creadora, sino que habita, vive en su creatura humana; lo que significa que acción creadora de

Dios o Dios inhabitante, viviente en su creatura son una misma acción. Dios, pues, en su inefable misterio de poder y misericordia quiso crear al hombre trascendiéndose en él y haciendo, por lo tanto, que éste a su vez se trascendiera en sus hermanos.

En consecuencia, en la real y definitiva economía de Dios revelada en y por Jesucristo, Dios para crear al hombre se humilla, se vuelve historia sometida a la contingencia. Esta es la razón por la cual se dice entre los que realmente sienten el actuar de Dios, los auténticos místicos, que el humilde es el lugar donde más claramente se revela Dios, es su transparencia y ésto precisamente porque Dios fundamentalmente es humilde y desde allí, desde la humildad es desde donde es Creador y Omnipotente.

Sí, pues, Jesús anuncia un Reino de Dios, Soberanía de Dios Creador en la creatura, es porque él mismo percibe que es de esta manera, a base de Soberanía de Dios como es posible la conversión de sus hermanos, o en otros términos, como el hombre, creatura, es y se sabe realmente creatura y en consecuencia, el hombre como hechura limpia de Dios, es decir, enteramente obediente a la acción creadora de Dios.

2. ¿Para qué Jeśus anuncia el Reino de Dios?

Podemos ahora hacer la pregunta: ¿Qué se propone Jesús al anunciar Reino de Dios, Palabra de Dios o Soberanía de Dios en la persona?

Es comúnmente aceptado que históricamente Jesús, sobre todo al salir a vida pública, se comprometió con un movimiento o anuncio de Conversión - Reino de Dios (Mt 4,17; Mc 1,14s).

Jesús tiene una clara convicción de que el hombre no se endereza, no destruye su pecado si no es por la Soberanía de Dios en él. Sí, pues, el anuncio del Reino de Dios de Jesús, tiende a eliminar el pecado del hombre, a liberarlo de él, ello a su vez implica que Jesús posee una concepción muy clara de lo que realmente es el pecado y con connotaciones bien diferentes a la concepción y al tratamiento del mismo que aparecen a todo lo largo del Antiguo Testamento.

Es altamente significativo el texto de Mt 15, 10-20, Mc 7, 14-23. No es esta la oportunidad para mostrar la entera cercanía del contenido de este texto a la real manera de entender del mismo Jesús. Sin embargo para lo que aquí es pértinente el texto se impone por sí mismo; citamos a Marcos: "Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre... Y decía: Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Por que de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas, fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre".

Del texto se desprende que los pecados (en plural) son la resultante o los síntomas de una torcedura interior del hombre y es allí donde fundamentalmente se ubica su pecado (en singular). Jesús, pues,

distingue, según este texto, entre *pecado* y pecados como lo hace igualmente Pablo.

Cuando se tiene en una parte lo que Jesús anuncia como Reino de Dios y de otra parte, lo que él mismo entiende por pecado de fondo, entonces es fácil descubrir cual es el tratamiento preciso que le quiere dar al pecado, en singular, para eliminarlo. Es a base de Soberanía de Dios, es decir de saturación de Dios en la creatura como es posible contrarrestar y erradicar ese pecado de fondo, la torcedura profunda del corazón del hombre. Esto supone que Jesús entiende que también el pecado es una situación de codicia múltiple, casi siempre especializada en cada persona, que no es vencible sino con otra saturación más fuerte, a saber, la Soberanía o Reino de Dios. Jesús no intenta procedimientos para reprimir cada uno de los pecados (en plural), sino el de eliminar su causa, atacando directamente la torcedura interior, procurando así el enderezamiento radical del hombre. Un hombre saturado de Dios o en Reino de Dios ya no peca más.

Ahora se comprende entonces la importancia que tienen las parábolas del Reino en función del acontecer real de la Soberanía de Dios en sus oyentes, pero particularmente en sus discípulos más cercanos. La convicción de Jesús es, sin duda, que la sucesiva o iterativa toma de conciencia del obrar de Dios en las personas, y esto es fundamentalmente la oración, causa docilidad, apertura, obediencia al actuar de Dios Creador, quien va tomando, por esa misma razón, cada vez más, una mayor posesión, consistencia, soberanía en su creatura, desplazando así por su base la dominación del pecado.

Las parábolas del Reino, esas modestas comparaciones, con cada uno de sus sutiles detalles, pero que expresan muy en directo lo que Jesús experimenta con diáfana nitidez, esto es, rasgos fundamentales del obrar de Dios Padre en él mismo, hacen tomar conciencia del modo de obrar de Dios Creador, disponen mansamente el ánimo del oyente a la verdadera conversión en cuanto obra exclusiva de Dios.

3. ¿Por qué Jesús anuncia el Reino de Dios?

No se trata de imaginar las razones que Jesús tendría para anunciar el Reino de Dios, sino de entender la comprensión que de Jesús tenía la Iglesia apostólica y que aparece en los textos del Nuevo Testamento. Bien se ve aquí que Jesús mismo es ese lugar en donde acontece el Reino de Dios o Soberanía de Dios, su Padre; esto es lo que hace que Jesús sea Hijo de Dios, siendo (existencialmente) Hijo de Dios y transparencia limpia de Dios su Padre: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9). Precisamente en esta línea van no pocos de los discursos de Jesús en el Ev, de Juan. Por eso cuando Jesús anuncio Reino de Dios, anuncia lo que él mismo es, su propia experiencia, el acontecer de la plenitud de Dios su Padre en él, como más tarde lo confesaría la misma Iglesia primitiva (Col 2,9). Jesús mismo es el testimonio de la verdad que anuncia y su predicación no es otra cosa que la aclaración, en términos sencillos, las parábolas, de la lógica del actuar de Dios que sucede en él a plenitud, es decir en plena soberanía.

De allí entonces que sus discursos, su praxis de misericordia configurada en sus milagros, su preocupación por hacerse a unos discípulos cercanos, para que en ellos suceda el reino de Dios o sea su conversión, y en fin su muerte y resurrección, son todo ello el lenguaje con que Jesús anuncia la realidad que acontece en él: La Soberanía de Dios Padre en él.

De donde se concluye entonces que el real contenido del anuncio que Jesús hace para convertir a sus hermanos es el acontecer de Dios mismo en él, experimentado y percibido a base de sucesivas tomas de conciencia, su oración constante.

En consecuencia de lo hasta aquí dicho: Palabra de Dios es el anuncio como expresión clara del acontecer de Dios; pero sobre todo, Palabra de Dios es el anunciador como testigo del anuncio. Por eso en el caso de Jesús el anunciador y lo anunciado son una misma realidad.

II. EL ANUNCIO DE LA IGLESIA APOSTOLICA

Es bien sabido que la Iglesia apostólica (el Nuevo Testamento) no anunció propiamente Reino de Dios como Jesús anunciara, sino *Evangelio*. Más aún, cuando en la predicación se está refiriendo a Palabra de Dios, por principio la está identificando con el Evangelio. Sírvanos de ejemplo de esta identificación el mismo Pablo en quien también el término Evangelio aparece en forma tan masiva: 1 Ts 1,6.8; 2,13; 1 Co 14,36; 2 Co 2,17; 4,2; Ga 6,6; Flp 1,14.

Podemos, pues, afirmar que así como en el anuncio de Jesús, Reino de Dios es Palabra de Dios y ésta a su vez en su contexto era acción creadora de Dios o Dios Creador; así también en el anuncio de la Iglesia apostólica decimos que Palabra de Dios es Evangelio.

Pero en este caso, ¿Palabra de Dios al identificarse con Evangelio tiene alguna connotación diferente a la que tenía Palabra de Dios en el Antiguo Testamento y en el contexto de Jesús?

1. ¿Qué es el Evangelio?

Pablo define el Evangelio en una fórmula de Profesión de fe que él recibe de la Comunidad cristiana y que cita en 1 Co 15, 1-4: "Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes... Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí:

> Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras... Que resucitó al tercer día, según las Escrituras.

El "tercer día" que a simple vista parecería ser un simple dato cronológico, si como tal se entendiera provocaría una desarmonía chocante y fatal en una formulación tan fundamental de la Iglesia apostólica, pues se trata del núcleo central del Kerigma. Pero si el "tercer día" se entiende como una fórmula teológica ya acuñada, como un tiempo definitivo de salvación o de particular intervención de Dios, como aparece varias veces en el Antiguo Testamento, (Os 6,2; Ex 19,10-16; 2 R 20,5 etc.) entonces esta fórmula dejaría ver su armonía interna y directamente buscada, a saber, un Paralelismo de sinónimos, forma

común de la poética de Israel, lo que en razón de mayor claridad podría formularse de manera equivalente así:

Que Cristo murió...
(para salvarnos) según las Escrituras.
Que Cristo resucitó...
(para salvarnos) según las Escrituras.

La fórmula no apunta directamente a la muerte y resurrección de Cristo en cuanto acontecimientos puntuales que sucedieron al principio de nuestra era, sino en cuanto a su poder salvador o valor soteriológico.

Ahora bien, la muerte y resurrección de Cristo son salvadores cuando de hecho suceden salvadoramente, es decir, cuando suceden en el cristiano mismo haciendo de un pecador un Cristo crucificado.

De allí, que este pequeño credo, núcleo del Kerigma apostólico, sea una formulación cuyo contenido real es la vida bautismal del cristiano. En efecto, el mismo Pablo describe el Bautismo como una inmersión en la muerte de Cristo; (Rm 6,3) esto quiere decir que Pablo entiende la muerte de Cristo como un líquido en el cual se sumerge el cristiano hasta quedar tan saturado, que al estar allí "en Cristo", manifiesta por todas partes el morir de Jesús y esto por el poder salvador del Resucitado (2 Co 4,10).

Sí, pues, el Evangelio se expresa en la fórmula de profesión de fe que apunta al valor soteriológico de la muerte y resurrección de Cristo; (1 Co 15,3-4) y si el acontecer real de la muerte y resurrección de Cristo, como salvadores de hecho, es el Bautismo (Rm 6,1-11) o la vida bautismal, (Rm 8) síguese, entonces, que el Evangelio es el cristiano mismo en cuanto viviendo en autenticidad su Bautismo y este acontecer real es por consiguiente el contenido mismo del anuncio del Evangelio, es decir, el Cristo vivo hoy en el testigo que lo anuncia.

Pablo en otro concentrado de fe y tesis de su Carta a los Romanos dice: "Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree" (Rm 1,16). Aquí Pablo identifica Evangelio con fuerza de Dios. Pero esta fuerza de Dios en la terminología del mismo Pablo, es el Espíritu Santo (Rm 1,4; 8,11; 1 Co 2,4. 5; 6,14; 2 Co 13,4; 1 Ts 1,5) o Cristo resucitado como Espíritu (1 Co 1,18.24; 5,4; Flp 3,9) inhabitante en el cristiano (Rm 8,9; 1 Co 3,16).

Es precisamente de la acción del Espíritu que sucede en el cristiano de la cual se habla cuando se predica el Evangelio (1 Co 2,10-16).

El Evangelio, es pues, el Cristo resucitado, en cuanto vivo, inhabitante en el creyente, percibido como causa de salvación (conversión) de los mismos primeros cristianos (Hb 5,7-9) y entendido como Hijo de Dios por la misma experiencia conocida del resucitado (Rm 1,3).

2. ¿Para qué se anuncia el Evangelio?

La Iglesia apostólica entendió que el Reino de Dios anunciado por Jesús es Cristo mismo resucitado

que vive (Ga 2,20) en cuanto Señor en el cristiano: "Porque si confiesas con tu boca de Jesús es *Señor* y crees en tu corazón que Dios le resucito de entre los muertos, serás salvo" (Rm 10,9). "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús *como Señor* y a nosotros como siervos vuestros" (2 Co 4,5).

Lo obvio habría sido, siguiendo la misma lógica de Jesús quien anunció Reino de Dios, que la Iglesia primitiva hubiera anunciado Reino de Cristo, sin embargo anunció en otra forma que pareció más comprensible para el momento, a saber: Cristo como Señor, o Señorío del Cristo resucitado, o dominio del Resucitado en el creyente o en fin Evangelio. Más aún la fórmula Reino de Dios se refiere al Resucitado: "Más iré pronto donde vosotros, si es la voluntad del Señor; entonces conoceré no la palabrería de esos orgullosos, sino su poder, que no está en la palabrería el Reino de Dios, sino en el poder" (1 Co 4,19s).

Ya expresé más arriba que para la Iglesia apostólica la Palabra de Dios es el Evangelio y que Palabra de Dios, por otra parte, en el contexto de Jesús y del mundo judío de su época, era acción creadora de Dios o Dios Creador, lo que en buena lógica quiere decir que el Señor inhabitante en el cristiano (Ga 2,20) como Espíritu (2 Co 3,17s), es la acción creadora de Dios, si nos es permitido decir, especializada en hombres al estilo del Crucificado. Ya en textos más tardíos del Nuevo Testamento se percibe el Resucitado como poder creador (Col 1,16; Ef 1,10; Jn 1,3.10).

Es doctrina común directamente expresada en todos los bloques relativamente homogéneos del Nuevo Testamento a saber: Sinópticos, Lucas-Hechos, Evangelio de Juan y Cartas, Cuerpo paulino, Cartas católicas y Apocalipsis, que la finalidad de la acción salvífica de Cristo es erradicar el pecado. Sin embargo cabe una pregunta: ¿De qué manera Cristo elimina el pecado? La acción salvífica de Cristo no apunta principalmente al perdón de los pecados (en plural) cometidos anteriormente, esos "los pasa por alto" dice expresamente Pablo (Rm 3,25; 2 Co 5,19), apunta directamente al pecado (en singular) como causa de todas las posibles codicias diversificadas y concretas, que son capaces de llevar al hombre hasta la violencia y el asesinato de su hermano. Esto significa que la Iglesia primitiva no anunció una manera de eliminar el pecado diferente de la que Jesús anunciara.

Ahora bien, el anuncio de Jesús, como lo dije más arriba, tenía como finalidad erradicar el pecado desde su base, desde la interioridad del hombre a base de Soberanía de Dios Creador en él, Soberanía que va tomando cada vez más fondo en la medida en que el pecador se dispone mansamente por sucesivas tomas de conciencia de ese mismo Dios Creador en él.

La Iglesia primitiva al entender que la Soberanía de Dios, es ya la Soberanía del Resucitado, el "Señor" está igualmente entendiendo que el pecado se elimina solamente en la medida en que el Resucitado toma posesión del creyente, haciendo de él su propio cuerpo (2 Co 4,10; Flp 1,20 etc.) transformándolo, enderezándolo hasta el término que ya no peque más.

Sin embargo esta toma de posesión del Espíritu del Resucitado está condicionada a lo que en la terminología de Pablo se llama la "Fe", que no es otra cosa que una declaración de incapacidad frente al poder del pecado y al mismo tiempo de certeza de seguridad al acogerse incondicionalmente al poder salvador de Cristo. Esto es, en un lenguaje más corriente, una situación de humilde docilidad, apertura y obediencia a la oferta gratuita de salvación de Dios por medio de Jesucristo muerto y resucitado.

Síguese, pues, que el Evangelio es el mismo testigo como lugar donde sucede el Cristo vivo y como transparencia limpia del mismo. Y la Palabra de Dios, no es ni el lenguaje humano de las Escrituras, ni los discursos de los predicadores: la Palabra es el auténtico testigo que la transparenta. Esto y no otra cosa es el anuncio capaz de disponer al pecador a eliminar su pecado y transformar su humanidad.

Por eso en la Iglesia primitiva el real contenido del anuncio o del Evangelio es el conocimiento de Cristo. Pero no solamente una información sobre los hechos, dichos y gestos de Jesús o un conocimiento a partir de sentidos externos adquirido en un trato con la humanidad de Jesús como pudo haber sido el de sus discípulos antes de su crucifixión; Pablo es muy directo al respecto cuando dice: "Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne *ya no le conocemos así" (2 Co 5, 16).* Se trata, pues, de un conocimiento diferente adquirido por toma de conciencia a partir de la real experiencia de conversión, efecto ella misma del Señorío del Resucitado en el testigo.

Todo esto quiere decir que sin este conocimiento interno el anuncio carece de contenido y el anunciador o se anuncia a sí mismo (2 Co 4,5) o trafica con la Palabra de Dios como lo advierte el mismo Pablo (Rm 1,17; 2 Co 2,17; 4,2; 11,3.4.13).

Resumiendo: Ni en el caso de Jesús cuando anuncia Reino de Dios-Palabra de Dios, ni en el caso de la Iglesia apostólica cuando anuncia Palabra de Dios-Evangelio se trata de otra cosa que del acontecer real de Dios Creador cuando de hecho está creando su criatura o cuando el Señor Resucitado está salvando de hecho al vivir en el creyente y esto es justamente el contenido real del anuncio.

En consecuencia si este acontecer no se da en el anunciador, tampoco se da objeto, ni experiencia de ese objeto, ni conocimiento de ese mismo objeto, ni anuncio real y la palabra ya no es Palabra de Dios, sino una expresión vacía, sin contenido que no solo no es creíble sino frustrante y hasta fatalmente contraproducente.

OBJETIVO Y PRIORIDADES PARA EL TRIENIO 1989-1992

OBJETIVO GENERAL

Impulsar la identidad profética y misionera de la vida consagrada, en comunión y participación eclesial, para responder eficazmente a la construcción del Reino en la situación concreta de Colombia, desde la perspectiva de la Nueva Evangelización.

1. COMUNION
    - Comunión al interior de la C.R.C.
    - Comunión referida a las mutuas relaciones
2. FORMACION PARA LA NUEVA EVANGELIZACION
3. REALIDAD Y DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA
4. COMPROMISO POR LA JUSTICIA Y LA PAZ
5. IDENTIDAD PROFETICA Y MISIONERA DE LA VIDA CONSAGRADA

1. COMUNION

Objetivos específicos

— Impulsar mecanismos que fructifiquen la comunión eclesial según las exigencias de la Nueva Evangelización para la construcción del Reino.

— Propiciar las buenas relaciones eclesiales con el fin de hacer más eficaz nuestra labor pastoral.

— Potenciar mecanismos que favorezcan la comunión eclesial.

Líneas de acción

- Comunión al interior de la C.R.C.

1. Continuar trabajando por la unidad intercongregacional.

2. Que los Superiores Mayores motiven a los diferentes miembros; permitir la creatividad y el discernimiento de los Religiosos para orientar su animación.

3. Comunicados que los motiven, entrevistas; comprometerlos en

los servicios a la C.R.C., reuniones.

4. Establecer mecanismos de motivación a los Religiosos.

5. Hacerlos por regiones, alternar los centros de reuniones.

6. Fortalecer y crear nuevas Seccionales.

7. Mayor presencia, asesoría e interés por parte de la C.R.C. central.

8. Que existan más Comisiones en las Seccionales.

9. Dar a conocer a todos los Religiosos el plan de la Seccional y motivar su participación.

- **Comunión referida a mutuas relaciones**

1. Buscar medios para lograr una verdadera comunión eclesial en beneficio de una pastoral eficaz para nuestros hermanos.

2. Intentar un encuentro anual de:
   - Comisión Mixta
   - Vicarios de Religiosos
   - Presidentes y Secretarios de Seccionales

3. Seguir potenciando la inserción en la Iglesia Local a través del Plan Pastoral Diocesano.

4. Lograr integrar Comisiones de Religiosos y Clero Diocesano.

5. Definir autonomía y los espacios de libertad de la vida religiosa en Colombia.

6. Seguir trabajando por tener claridad de criterios, vivir la comunión y tener sentido de responsabilidad.

7. Continuar descubriendo instancias de diálogo C.R.C. - C.E.C. (diálogo abierto, fraterno sin posiciones radicales, complementario).

8. Presentar el trabajo de los religiosos como un aporte a la Iglesia y no como una barrera.

9. Darle vida a la Comisión Mixta con objetivos claros que lleven a la comunión.

2. FORMACION PARA LA NUEVA EVANGELIZACION

Objetivos específicos

— Impulsar la formación en la Nueva Evangelización para convertirnos y comprometernos con nuestra manera de vivir en la transformación de la realidad.

— Intensificar la formación inicial y permanente de los religiosos para que logren, según el Evangelio, responder a la urgencia del país por lograr la justicia y la paz.

— Incrementar la formación para la Nueva Evangelización en todas las etapas a partir de la experiencia de Dios y la interpelación de la realidad, para actuar, en comunión eclesial, los compromisos de la vida religiosa con nuestro pueblo.

— Propiciar los medios que favorezcan la formación inicial y permanente en función de una Nueva Evangelización "en su ardor, en sus métodos y en sus expresio-

nes", teniendo en cuenta los desafíos que presenta la situación actual de Colombia.

Líneas de acción

1. Continuar el impulso de la Conferencia en lo que ha venido haciendo en favor de la animación y la formación de los religiosos, poniendo especial interés en:
   - Formación para la Nueva Evangelización (ver y estudiar Plan Palabra-Vida).
   - Profundización del profetismo de la vida religiosa y su concreción en nuestra realidad.
   - Favorecer espacios para vivir la experiencia de Dios y la relectura de la realidad desde nuestro compromiso de consagrados.
2. Continuar impulsando el C.E.R.
3. Adquirir una sede para el C.E.R. y los cursos.
4. Promoción y formación de vocaciones nativas.
5. Profundizar la metodología del trabajo popular.
6. Desarrollar cursos y seminarios de madurez espiritual.
7. Programar estudios bíblicos.
8. Organizar la Comisión de Promoción Vocacional.

3. REALIDAD Y DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Objetivos específicos

— Estimular el estudio y profundización de la Doctrina Social de la Iglesia y de la realidad nacional.

— Animar el compromiso de la vida religiosa por la justicia y la paz, desde la perspectiva del Reino apoyando todos los esfuerzos que se hagan en este sentido para responder a las necesidades actuales del país y dar testimonio de nuestra fe en el Dios de la Vida.

— Potenciar el compromiso de los religiosos en un trabajo asiduo por la justicia y la paz para construir el Reino en un país violento y materializado.

— Profundizar en la Doctrina Social de la Iglesia y en el conocimiento de la realidad nacional para acompañar al pueblo en la búsqueda de soluciones evangélicas.

— Examinar la Doctrina Social de la Iglesia y su incidencia en la realidad nacional con sentido crítico que nos lleve a una sensibilización progresiva que favorezca actitudes concretas de compromiso en la instauración del Reino.

Líneas de acción

1. Despertar en los religiosos la necesidad de un conocimiento cada vez mayor de la realidad y la toma de postura frente a ella.
2. Análisis de coyuntura y estudio de la realidad.
3. Intensificar el estudio y profundización de la Doctrina Social de la Iglesia y de la realidad nacional.
4. Conocer los documentos de la Iglesia sobre Doctrina Social.

5. Relectura del carisma desde la realidad.

4. COMPROMISO POR LA JUSTICIA Y LA PAZ

Objetivos específicos

— Fortificar el compromiso de los religiosos en una labor persistente por la justicia y la paz, para edificar el Reino en un país y un mundo tan violento y materializado.

— Alentar la vida religiosa en el compromiso por la justicia y la paz desde la perspectiva del Reino apoyando todos los esfuerzos que se realicen para responder a las actuales necesidades que tiene el país y dar testimonio de nuestra fe en el Dios de la Vida.

Líneas de acción

1. Continuar apoyando la Comisión de Justicia y Paz y potenciar la colaboración de los religiosos en las acciones que ésta organice.
2. Buscar mayor vinculación y acompañamiento a las comunidades cristianas.
3. Crear en las Seccionales Comités de Justicia y Paz.
4. Promover programas en el campo de los Derechos Humanos.
5. Respaldo y acompañamiento a las comunidades insertas.
6. Seguir apoyando la inserción con mayor formación y acompañamiento.

5. IDENTIDAD PROFETICA MISIONERA DE LA VIDA CONSAGRADA

Objetivos específicos

— Continuar la línea del profetismo en la animación y formación de los religiosos, en las distintas etapas, para ser respuesta fiel al Evangelio en el momento histórico que vivimos.

— Revitalizar y apoyar las experiencias de inserción en medios populares que manifiestan el dinamismo profético de la vida religiosa, para que evangelizando y dejándonos evangelizar seamos signo legible de la llegada del Reino.

— Potenciar la formación de los religiosos en la línea del compromiso profético, para responder a la necesidad de evangelización que vive nuestro pueblo.

Líneas de acción

1. Continuar apoyando la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz y potenciar la colaboración de los religiosos en las acciones que de ésta se organicen.
2. Continuar en la línea del profetismo.
3. Clarificar lo que le compete a la comisión de Justicia y Paz.
4. Crear Comités Seccionales de Justicia y Paz.
5. Fomentar programas en el campo de los Derechos Humanos.

6. Seguir atendiendo a la vida espiritual de los religiosos y continuar la reflexión sobre la experiencia de inserción para clarificar más esta importante dimensión.

7. Continuar respaldando la inserción con mayor formación y acompañamiento.

8. Favorecer el discernimiento orante que lleve a que en nuestra acción esté guiada por los criterios del Evangelio, del seguimiento de Jesús de nuestro compromiso profético.

9. Acrecentar experiencias positivas de inserción (comunicación de hechos significativos en esta línea).

10. Apoyar proyectos sobre inculturación.

11. Desarrollar la pastoral indigenista y afroamericana desde la realidad de estos grupos.

FORMACION
EN LA NUEVA EVANGELIZACION

FUNDAMENTACION TEOLOGICA

Tanto ante el tema de la Nueva Evangelización y de la función de la Vida Religiosa en ella, como sobre todo, ante la cuestión de la nueva formación que se requiere, surgen una serie de preguntas: ¿por qué una Nueva Evangelización? ¿Es realmente necesaria una nueva formación en la Nueva Evangelización? ¿No será una moda que en estos últimos años se ha difundido en algunos medios religiosos de América Latina? ¿Existe una seria fundamentación para iniciar este camino? ¿Existe una sólida base teológica, o se trata de algo puramente sociológico, coyuntural, pasajero?

Todas estas cuestiones merecen una respuesta, pues si a las dificultades prácticas se añaden estas teóricas, la nueva formación difícilmente podrá dar pasos adelante.

1. PEDAGOGIA DE LA HISTORIA DE SALVACION

Para fundamentar teológicamente tanto la evangelización como la función de la formación en la Nueva Evangelización, creemos que lo mejor es reflexionar sobre la historia de salvación y su pedagogía.

Entendemos por historia de salvación todo el proceso histórico a través del cual Dios ha actuado en nuestro mundo, el encuentro de Dios con la humanidad a lo largo de los siglos. Nuestro momento histórico actual, nuestra vida cristiana, eclesial y religiosa, forman parte de una historia mucho más larga, que se pierde en el origen remoto de los siglos. Los creyentes creemos que esta historia tiene un punto de origen y una meta, y que hay Alguien que está al comienzo y al final de ella. Los cristianos llamamos a este origen Dios y más concretamente Padre, Creador y Señor, Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro. El es el Principio sin principio, de quien dimana todo, el amor fontal, la raíz de todo (Ad Gentes 2).

La historia de salvación no comienza ni se identifica con la historia de Israel. Es más amplia y más extensa. La historia de salvación comienza con la creación. Las semillas de Dios se hallan en todos los pueblos, en todas las culturas, son una verdadera preparación evangélica. Dios a nadie le ha negado su gracia, ni su luz. Antes de que el evangelio hubiese llegado a las costas de América, Dios ya estaba presente y con su Espíritu fecundaba la historia de los pueblos (Ad Gentes 3; 5; 9). Pero esto no lo comprendieron muchos de los primeros misioneros que llegaron a América, quienes creían que toda religión no cristiana era idolatría y obra del demonio.

Pero los cristianos creemos que aunque en todo tiempo y lugar son aceptos a Dios los que le temen y practican la justicia (Lumen Gentium 9), sin embargo Dios se ha manifestado de forma especial, libre y gratuita a Israel y luego al nuevo Israel, la Iglesia. En ellos se ha plasmado de modo ejemplar la acción de Dios. A través de Israel y de la Iglesia conocemos la revelación de Dios. El centro de esta revelación es Jesús de Nazareth (Dei Verbum 2). Dios quiere en Cristo realizar su designio universal de salvación.

Las etapas fundamentales de esta larga historia han quedado plasmadas en la Escritura. En ella el Pueblo de Dios ha reflexionado y expresado su vivencia religiosa y cristiana respecto a su historia. Es como el libro en que una familia anota sus recuerdos del pasado, para poderlos contar a sus hijos. Releyendo la Escritura podemos comprender cómo ha actuado Dios en el mundo, cuál es su plan, cuál es su estilo de actuar, cuál es su pedagogía. En esta historia nada es indiferente, tanto el contenido como el método son preciosos para nosotros (Dei Verbum 7-10).

Importa poco el nombre que demos a esta historia: historia de la salvación, historia de la revelación, historia de la Buena Nueva, historia de la gracia, historia del Pueblo de Dios, historia de la fe... Siempre nos hallamos ante un proceso que nos precede, nos envuelve y sigue adelante. Una síntesis de esta historia la tenemos en el Credo o símbolo de la fe cristiana que recitamos cada domingo en la eucaristía. Pero este símbolo es el resumen de los credos de Israel (por ejemplo el de Dt 6) y de la Iglesia primitiva (por ejemplo los recogidos en Hechos de los Apóstoles 7; 10; 13; 17; 26...). Cada generación tiene el derecho y el deber de volver sobre esta historia, releerla de nuevo desde la nueva situación de su comunidad y sacar de ella las enseñanzas que necesita para su momento histórico.

Esta historia no ha quedado escrita para nuestra curiosidad, sino para ser fuente de luz y de vida para todos los pueblos. En ella encontramos el sentido de nuestra vida y de la historia. En ella podemos ver cómo ha actuado Dios. La historia de salvación se convierte en nuestro pedagogo que nos conduce a la escuela del Señor. El mismo Espíritu que inspiró esta historia es quien nos ilumina para que podamos comprenderla ahora. Este Espíritu que guió la larga marcha de otros pueblos, nos ofrece en la historia del Pueblo de Dios la forma más clara del modo de actuar Dios. A esta fuente acudimos para conocer la pedagogía de Dios (Dei Verbum 12-13).

Pero acudimos a la Escritura desde nuestra situación presente, desde América Latina, desde un continente cristiano y pobre, desde un mundo de injusticia, desde donde sube cada día al cielo el clamor del pueblo que pide una liberación que no le llega de ninguna parte (Puebla 87-89). Es desde esta situación desde donde leemos la Palabra de Dios. Pero este punto de partida, lejos de ser un impedimento para comprender la Biblia es un lugar privilegiado, pues la Biblia es la historia de un pueblo esclavizado y liberado por Dios, y es a los pequeños y pobres a quienes ha sido revelado el evangelio (Lc 10, 21-22; Mt 11,25-27).

2. CONTENIDO DE LA REVELACION

Dios se nos ha revelado ciertamente con la creación, que manifiesta su poder y su gloria: "Los cielos narran la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sal 19,1). Pero sobre todo se ha hecho presente en la historia, y concretamente en la historia de su Pueblo. Pero esta manifestación de Dios, a la que llamamos revelación, pues desvela el misterio de Dios, es una verdadera comunicación de Dios a la humanidad.

¿Qué nos comunica Dios? Su propia vida. Dios se nos autocomunica, se nos entrega, por amor. Y cuando los profetas han querido buscar símbolos para expresar esta revelación amorosa de Dios, no han hallado otros menos inapropiados que los del amor humano. Dios ama a su Pueblo como una madre ama a su hijo recién nacido (Is 49, 14-15), como un esposo a su prometida (Jr 2; Is 54), como un padre a su familia (Is 11,1).

Y es que en realidad el amor humano, aunque pálido, es la única imagen que nos puede acercar al misterio de Dios, porque Dios es un misterio de amor. Los cristianos llamamos a este misterio último de amor de Dios, el misterio de la Trinidad, misterio de comunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, tal como se nos ha sido revelado en la historia de salvación. Podríamos decir que Dios es como una familia, aunque toda analogía al hablar de Dios deba ser superada por el silencio ante el misterio.

Pues bien toda la historia de salvación brota de este núcleo último, de este hogar de amor que llamamos Trinidad. Y el motivo por el cual Dios se comunica libremente es su amor. Quiere extender los límites de la familia divina a toda la humanidad. Su amor gratuito y libre es la fuente de toda vida, de toda la creación. Todo es pura gracia, pura misericordia, pura bondad.

Este es el origen de la creación, de la encarnación, de la salvación, de la transfiguración de todo, del proceso por el cual Dios lleva la historia a plenitud.

Para expresar gráficamente este proceso de salvación, Ireneo, uno de los grandes escritores y obispos de la Iglesia primitiva, dice que Dios actúa con sus dos manos, una mano es el Hijo y la otra el Espíritu. El Hijo es la Palabra,

la visibilidad y encarnación de Dios en la historia, y el Espíritu es el soplo que todo lo alienta, vivifica y lleva a término la obra del Hijo.

El contenido de la revelación no es otro que Dios mismo, comunicado libre y amorosamente en la historia a cada persona y a todo el pueblo. Dios no sólo nos dice algo sobre sí mismo, sino que se nos entrega. Dios, dirá Juan de la Cruz, sólo tenía una Palabra y al dárnosla quedó como mudo. Nos da lo mejor que tiene, su propio Hijo y el aliento vital de su Espíritu, sin el cual la Palabra no puede ser entendida.

Por esto dirá el mismo Ireneo, que la gloria de Dios es la vida del hombre, es decir Dios es glorificado cuando el hombre realmente vive de la vida que Dios nos ha comunicado.

3. EL PLAN DE SALVACION

¿Cuál es el plan de Dios sobre la humanidad? ¿Por qué Dios crea un mundo y unos seres humanos en él?

Ya hemos dicho que Dios quiere extender los límites de su familia a todo el universo; quiere que este hogar amoroso y cálido que llamamos Trinidad se amplié, que todos sean hijos en el Hijo, que todos vivan de su vida por el Espíritu.

Este es el gran mensaje:

"La Vida se dió a conocer, lo hemos visto y somos testigos, y les anunciamos la vida eterna. Estaba en el Padre y se nos apareció. Lo que hemos visto y oído se lo damos a conocer, para que estén en comunión con nosotros, con el Padre y con su hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 2-3).

Estamos ante un gran misterio y por esto sólo podemos llegar a atisbar algo de él a través de imágenes y símbolos. En la Escritura este plan se llama el Reino de Dios, y se suele comparar a un banquete o a una fiesta de bodas, donde todos se sientan a la mesa de la fraternidad y comparten la vida y la alegría, en medio de manjares ricos y abundantes y vinos generosos, entre música y danzas (Is 55, 1; Mt 8, 11; 22, 1; Apoc 3, 20; 19,2). Es como una gran Utopía, donde hay abundancia, paz, reconciliación, fraternidad, amor, libertad, comunión.

Las imágenes bíblica de Génesis en sus primeros capítulos (Gn 1-2) expresan bien esta gran Utopía, este sueño de Dios. La humanidad en su relación hombre-mujer vive feliz, en comunión con la naturaleza y sobre todo con Dios. Es el paraíso, donde Adán y Eva simbolizan la inocencia, la armonía y la integración. Es una anticipación poética del Reino de Dios definitivo, de la escatología.

Esta es la Buena Noticia, la Buena Nueva que profetas, evangelistas y sobre todo Jesús, anunciaran: el Reino de Dios se acerca, ya llega, será realidad.

Desaparecerán las lágrimas, el hambre, la muerte, sólo habrá cantos de gozo y de alegría. El Señor triunfará (Is 2; 11; 40; 65).

Las leyes de este Reino de Dios son el amor, la fraternidad, el diálogo, la entrega amorosa y libre, porque estas son las leyes internas que rigen este misterio inefable que llamamos Trinidad. Hay una estrecha relación entre la Trinidad y el Reino de Dios, entre el Padre y su proyecto, entre Aquel que es a quien Jesús llama Abba, Padre, y su plan de salvación, el Reino de Dios.

Todo esto llena de esperanza a un pueblo pobre que vive en situación de opresión, muere prematura o violentamente, gime y llora. Es un sueño que parece imposible, como parecía imposible a los Israelitas en Egipto la tierra prometida o para los exiliados en el cautiverio el retorno a su patria.

4. EL CAMINO

Esta revelación y autocomunicación de Dios tiene su propio método, su forma peculiar de actuar. Es difícil poderlo compendiar en pocas palabras, pero intentaremos resumir algunos de sus trazos fundamentales.

4.1. Dios actúa con hechos y palabras (Dei Verbum 2)

Es decir, Dios antes de hablar, actúa, y sus palabras revelan su acción. O dicho de otro modo, su misma Palabra es creadora, eficaz, viva, transformadora. Cuando la dice, todo cambia, surge la creación de la nada, nace un Pueblo, libera, salva. Su Palabra no sólo anuncia sino que crea, recrea, transfigura, todo lo hace nuevo.

4.2. Dios actúa suscitando comunidades

Dios llama no sólo individualmente a personas, sin conexión alguna, a participar de su vida, sino que llama en comunidad, los constituye en pueblo, en familia (Lg 9; AG 2). El Dios comunidad actúa reflejando su modo interno de ser en el mundo. La comunidad nunca es un mero medio para otra cosa, es algo que es del orden del fin, de lo último, pues el plan de Dios es formar una gran comunidad humana y divina. Por esto eligió al Pueblo de Israel, para que le conociera y sirviera, con el que estableció un pacto y a quien se reveló progresivamente. Pero todo ello era solamente preparación y símbolo del nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, fundada con su sangre y con su Espíritu.

4.3. Dios actúa liberando

Dios actúa salvando de la opresión de la muerte, dando vida. Es el Dios que hace pasar de la nada a la vida y de la muerte a la vida (Rm 4,17). Su fin es comunicar su vida, darla en abundancia (Jn 10,10), y por esto ante situaciones de injusticia, de muerte, desea que haya justicia y derecho. Toda la historia de salvación es una historia de vida. Dios libera a unos esclavos en el Exodo, por los profetas insta a la práctica del derecho y la justicia (mispat

sedaqah), salva del cautiverio a un pueblo en exilio, Jesús trae la liberación plena de toda esclavitud, y la Iglesia prosigue esta tarea liberadora de Jesús, hasta llegar a la Ciudad Santa de Dios, al Reino, donde triunfará definitivamente la vida de la muerte.

4.4. Dios actúa encarnándose

La Palabra se hace carne, acampa entre nosotros (Jn 1,14). Es la única forma que tiene Dios de acercarse a su Pueblo, de hacerse comprender. Dios en Jesús se hace humano, asume un pueblo, una raza, una cultura, una religión, una historia, entra en un país, vive en una geografía concreta, en una familia, tiene un cuerpo como el nuestro. La Palabra eterna se hace tiempo, historia, concreción, visibilidad. Quien ve a Jesús ve al Padre (Jn 14,9), El es el Hijo hecho carne, para que nosotros podamos ser hermanos suyos e hijos del Padre. El Dios que acompañaba a su pueblo, ahora es el Dios-con-nosotros, el Emmanuel, Jesús de Nazareth. Su madre es María y El es llamado el hijo del carpintero (Mt 13,55). La encarnación es la única forma de hacer presente la salvación al mundo.

4.5. Dios actúa priorizando a los pobres

El plan de fraternidad de Dios, el Reino, de hecho está roto por el pecado de egoísmo humano. No hay comunidad, sino injusticia, no hay vida sino muerte (Gn 3-11). Cuando Dios actúa en este mundo roto y asimétrico, lo hace poniéndose del lado de los pobres, que son las víctimas de la injusticia, del Anti-Reino. A ellos los convierte en destinatarios privilegiados del Reino, no porque sean siempre mejores que otros, sino sencillamente porque sufren y esto conmueve las entrañas misericordiosas de Dios.

Dios se compadece ante el clamor de los Israelitas en Egipto (Ex 3), ante el clamor de los cautivos en Babilonia, ante el pobre, la viuda y el huérfano. Jesús viene a anunciar la liberación a los cautivos (Lc 4,18s), se compadece de los que son marginados por su falta de salud, de reputación o de riqueza. Sus entrañas se conmueven ante el sufrimiento ajeno. Por esto llama a los pobres bienaventurados (Lc 6,20), no porque ellos sean felices en este mundo, sino porque ellos son los primeros que pueden comprender que el Reino de Dios es diferente y porque desde ellos se ha de comenzar a restaurar el Reino de Dios. Dios hace una opción preferencial por los pobres.

4.6. Dios actúa gradualmente

Dios actúa por etapas, lentamente, con gran sentido pedagógico y con gran paciencia histórica. Hay un tiempo de preparación, cuya larga historia se recoge en el Antiguo Testamento, en el cual Dios desde Abraham va formando al pueblo de Israel, para que sea su pueblo. Luego, cuando llega la plenitud de los tiempos, Dios envía a su Hijo, nacido de María (Gal 4,4), el cual formará un nuevo Pueblo, del que surgirá la Iglesia. Jesús no nace el primer día de la creación del mundo, ni la Iglesia surge ya en el paraíso. Es un misterio esta condescendencia de Dios con su Pueblo, con su religión, con sus

costumbres. Lentamente la humanidad tenía que irse acostumbrando a Dios, dirá Ireneo. Y sin embargo esta larga prehistoria, no está fuera de los designios de Dios, ni en ella está ausente su Espíritu. Como a un niño, Yahvé va educando a su Pueblo.

5. JESUS ES LA PLENITUD DE LA SALVACION

5.1. Jesús es la Palabra definitiva (Hb 1,1)

Se trata de explicitar ahora algo que ha ido saliendo desde las primeras páginas de esta historia de salvación. En Jesús tenemos la Palabra encarnada (Jn 1,14), la Palabra última, frente a la cual todas las demás palabras son fragmentarias, parciales. Es la autocomunicación de Dios al mundo, el único gran dogma cristiano, del que se derivan todos los demás: Dios se ha hecho hombre para que nosotros recibiéramos la vida de Dios, el Hijo se ha encarnado para que nosotros seamos hijos del Padre en el Hijo. Este es el gran don de Dios al mundo (Jn 3,16), la gran prueba del amor del Padre. Todo cuanto hemos visto de forma un tanto oscura, ahora queda iluminado.

Estamos tan acostumbrados a oír hablar de la encarnación, que a veces no percibimos la novedad maravillosa de este misterio. Jesús es la gran novedad, con su venida todo lo hizo nuevo, es la semilla, de raíz de una nueva humanidad. Los cristianos orientados llaman a la encarnación la fiesta de la raíz, pues aquí radica toda la salvación.

Hay, en cambio, personas de origen cristiano, que se han ido alejando de la Iglesia precisamente porque no podían aceptar este misterio. Les resulta incomprensible y un enigma para la razón cómo el Dios omnipotente, el Yahvé del antiguo Testamento se puede llegar a encarnar en un niño, encerrarse en un rincón del Mediterráneo oriental, vivir una vida tan estrecha y oscura, en una región pobre, de un país dependiente y colonia romana. Y todo ello hace casi 2.000 años.

Esta dificultad la tenían también muchos contemporáneos de Jesús, que acostumbrados al Dios del Antiguo Testamento, podían comprender que Jesús fuera profeta, mesías, un rey davídico, pero no el Hijo que llamaba a Dios su Padre, ni la revelación de Dios. Jesús es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles, repetirá Pablo (1 Cor 1,23), pero en realidad es fuerza y sabiduría de Dios (1 Cor 1,24).

La encarnación de Jesús es realmente un misterio, pero paradójicamente, son los pequeños y sencillos, los pastores de Belén, los pobres de Yahvé como Ana y Simeón, los primeros que lo acogen con prontitud (Lc 2). De nuevo los pobres aparecen como destinatarios privilegiados del Reino de Dios. Para ellos su nacimiento es buena noticia, mientras que para Herodes y los suyos, es causa de miedo y de turbación (Mt 2,3) y su indignación acabará provocando violencia y muertes (Mt 2,13-18). Se anticipa ya lo que será la vida de Jesús y su pasión.

5.2. Jesús anuncia el Reino con hechos y palabras

El centro de la predicación de Jesús es el Reino de Dios (Mc 1,14-15). Pero este anuncio del Reino no es sólo una predicación verbal, sino una realidad. La palabra de Jesús es eficaz, realiza lo que dice, pues es Palabra de Dios. Y este anuncio del Reino se dirige prioritariamente a los pobres. Ha sido ungido por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva a los pobres, liberar a los cautivos, dar vista a los ciegos, dirá el Jesús de Lucas en la sinagoga de Nazaret, repitiendo el oráculo de Isaías (Lc 4, 16-21 cf Is 61). Y lo que dice, lo hace. A continuación de este anuncio, Lucas nos narra una serie de milagros y curaciones, que atestiguan que la Palabra del Señor es eficaz y que con El llega el Reino a la humanidad (Lc 4,31-44).

Este Reino, como hemos visto, tiene como destinatarios privilegiados a los pobres, pues ellos son las víctimas del pecado. Si Jesús come con pecadores y publicanos, es para manifestar de forma simbólica que estos son los primeros invitados al banquete del Reino, pues El no ha venido para los justos sino para salvar a los pecadores (Lc 15, 1-2). Si Jesús hace milagros, no es a los ricos y poderosos, sino a los pobres, a los enfermos, a los pecadores y marginados, y esta es la señal de que el Reino ha llegado, dirá a los enviados de Juan el Bautista (Lc 7,18-23). Más aún, en la parábola del juicio final, Jesús aparece identificado con los pobres, y toma como hecho a sí mismo, lo que se haga u omita con los pobres (Mt 25,31-45). Los pobres son el centro neurálgico del Reino de Dios.

Esta actitud de Jesús será la fuente de sus conflictos tanto con los sacerdotes, escribas y fariseos, como con las autoridades romanas. Jesús a la larga se enfrenta tanto a la Teocracia judía como al Imperio y a su falsa Pax Romana. Para todos es peligroso, pues predica un Reino que subvierte tanto los fundamentos de una religión meramente ritualista, como los cimientos de un Imperio que está basado en la fuerza, la opresión y la injusticia. Dicho de otro modo, Jesús revela al Dios de la vida y de la comunión y esto choca con todas las falsas imágenes de Dios y con los ídolos del poder y del dinero, que son dioses de muerte. La manifestación del amor misericordioso del Padre, el anuncio del Reino de Dios y la opción por los pobres, son diversos aspectos de una misma revelación. Jesús en esta lucha entre los dioses de la muerte y el Dios de la vida, aparentemente es vencido, pues los dioses de la muerte le asesinan en la cruz.

La muerte de Jesús no es casual, ni es sólamente fruto de una obediencia al Padre al margen de la historia. Jesús muere obediente al Padre, muere por nuestro pecado, redime a toda la humanidad, pero todo ello se realiza históricamente, entre las coordenadas de unas relaciones sociales, religiosas, políticas, culturales, muy concretas. La muerte de Jesús en cruz es consecuencia de sus opciones, del rechazo de las tentaciones de un mesianismo de poder y prestigio, y de haber escogido el camino de la humillación, la pobreza, y la solidaridad (Flp 2,1-11).

5.3. Jesús vino a reunir al Pueblo de Dios

Jesús en su vida mortal, no fundó una secta, ni un grupo religioso al margen de Israel. El había venido a reunir a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11,51-52). Para ello congregó al Pueblo de Israel, comenzando por formar una comunidad de discípulos que debía ser como el núcleo del nuevo Israel. El mismo número 12 de los llamados apóstoles, representa a las doce tribus de Israel. Es un número a la vez colectivo y simbólico (Mc 3,13-19).

Jesús, como los maestros de su tiempo reune discípulos, pero no para que le sirvan a él, sino para servirles a ellos. No escoge a unos intelectuales selectos, sino a gente del pueblo. No les forma a través de largos estudios académicos, sino de forma sapiencial, a través de la experiencia de cada día. Una higuera, la semilla, la gallina y su polluelos, el grano de mostaza, los encuentros casuales con la gente, se convierten en objeto de reflexión y de enseñanza. Sus discursos más teóricos, parten de esta realidad.

Es la escuela de la vida, la que les va formando. Las disputas entre ellos conducen a hablar de que el mayor ha de hacerse el último. Unos niños rechazados sirven para hablar de que ellos son los primeros en el Reino. Una mujer pecadora que le unge los pies, es ocasión para hablar del perdón y de la misericordia del Padre. La hipocresía de los fariseos le lleva a hablar sobre los sepulcros blanqueados, la ofrenda de una pobre viuda, para ensalzar la generosidad de los pobres. Es una enseñanza más simbólica que meramente intelectual: lavar los pies a los discípulos simboliza toda la vida de Jesús y lo que debe ser la vida de los suyos (Jn 13,1-20).

Los discípulos son iniciados al misterio del Reino, a su importancia y valor supremo, comparable al de un tesoro oculto o al de una perla de gran valor. Lentamente comprenden que este Reino no es como los de este mundo; que hay que nacer de nuevo para entrar en él. Es un Reino de misericordia, de justicia y de bondad, de perdón y de confianza en el Padre. Es diferente de la predicación violenta de los zelotes, del sectarismo de los esenios, del legalismo de los fariseos, del materialismo de los saduceos. Tampoco se identifica con la violencia escatológica y apocalíptica de Juan el Bautista.

Pero además este Reino está ligado a la persona de Jesús, a la fe en El, al seguimiento total. El seguimiento de Jesús exige una radicalidad plena, hay que dejarlo todo, sin excusas, sin volver la vista atrás (Lc 9,57-61).

Lo importante es que los discípulos formen una comunidad de vida y de destino con El. Comen con El, viven con El, caminan juntos, descansan con El, rezan al Padre, comparten sus bienes, son testigos de su oración, de sus milagros, de sus tentaciones y sufrimientos, de su pasión, de su cruz. Y también serán testigos de su resurrección, recibirán el Espíritu y la misión de anunciar la buena nueva del Reino a todo el mundo.

Esta comunidad será, después de la Pascua, el comienzo de la Iglesia. La Iglesia nace en continuidad con esta comunidad del Jesús histórico, pero a

través de la cruz y la resurrección. En los evangelios, las enseñanzas de Jesús a sus discípulos se funden con las enseñanzas a la comunidad eclesial futura, sin que podamos distinguir bien ambos niveles del lenguaje.

La paciencia y pedagogía de Jesús con sus discípulos queda siempre como modelo de la evangelización y de toda formación en la Iglesia. Sería falso querer deducir de aquí, que los estudios o conocimientos más técnicos sean innecesarios. Lo que queda en firme es que toda evangelización para por la iniciación a la comunidad y por el testimonio, por la experiencia de la vida. Formar es iniciar a la comunidad del Reino, cuyo centro es Jesús.

5.4. La resurrección es la confirmación del camino de Jesús

Muchos creyeron que Jesús en su vida pública se había vuelto loco, que era un borracho, un endemoniado, un blasfemo, un rebelde político, un samaritano, un pobre iluso. El fracaso de la cruz fue para muchos la prueba más evidente del engaño que Jesús había vivido y había producido en los demás. El mismo hecho de que junto a la cruz sólo estuviesen María, Juan y algunas mujeres, parecía testimoniarlo.

Pero la resurrección de Jesús por el Padre (Hc 2,32) y su Espíritu (Rm 8,11), son la prueba fehaciente de que Jesús tenía razón, de que el Reino no es ninguna ilusión, de que su camino de opción por los pobres, por la sencillez y la misericordia, estaban en lo cierto. Es el camino del Padre. Es el camino que lleva a la vida, aunque sea pasando por la cruz.

La resurrección de Jesús fue una buena noticia para los suyos (Lc 24, 1-43), para todos los pobres, pequeños y humillados de este mundo. Pero fue una mala noticia para Herodes y Pilato, Anás y Caifás, que deseaban deshacerse de Jesús (Mt 28,11-15). El Reino de Dios es conflictivo, también su primicia la Pascua (1 Cor 15).

Con la resurrección comienza lo definitivo, la escatología, la vida triunfa sobre la muerte, hay esperanza, hay certeza del triunfo final. Por esto los saduceos y los poderosos del tiempo de Jesús y de todos los tiempos no creen en la resurrección (Mt 22,23). Preferirían que las cosas quedasen así, que se eternizase este mundo, en el cual ellos están arriba. Por el contrario, para todos los crucificados de la historia, la resurrección es un dinamismo esperanzador.

Pero para ello no debe desligarse del camino de Jesús. Sólo el camino de Jesús lleva a la Pascua. Si no queremos reducir la Pascua a una palabra vacía de contenido, la hemos de llenar de la vida del Jesús histórico en su tiempo. Sólo la vida de Jesús nos da garantía de la posibilidad real del Reino y de su urgencia histórica.

De este modo la vida de Jesús, su predicación, su muerte y su resurrección, se convierten en paradigma claro de la pedagogía de Dios en la historia. El es realmente el camino (Jn 14,6).

6. EL ESPIRITU LLEVA ADELANTE EL PROYECTO DE JESUS

6.1. El Espíritu hace nacer la Iglesia

En toda la historia de salvación el Espíritu es agente de vida, desde el Génesis (Gn 1,1) al Apocalipsis (Apoc 22). El Espíritu es capaz de vivificar los huesos secos y dispersos del pueblo de Israel (Ez 37). El Espíritu que guía toda la vida de Jesús, había sido prometido por el Señor en su vida mortal (Jn 14; 15; 16). Este don tiene lugar en la Pascua diversamente narrado por Juan (Jn 20) y Lucas (Hch 2), la realidad es la misma. El Espíritu, don del resucitado, hace surgir la nueva comunidad, la Iglesia, capaz de llevar adelante la obra de Jesús.

También en este caso el Espíritu hace pasar de la muerte a la vida. Los apóstoles y discípulos, acobardados, huídos, son reagrupados por el Señor y su Espíritu, y de aquel grupo disperso nace la comunidad nueva del Reino, la Iglesia. Ellos llevarán adelante la obra de Jesús, con su predicación, su vida y muerte martirial. Del rechazo del viejo Israel, de la dispersión de los discípulos, de la cruz, brota la vida. Una vez más aparece la fuerza del Espíritu en medio de la debilidad humana (1 Cor 1,17-31).

Los sumarios de los Hechos de los Apóstoles nos narran de forma sintética y sin duda idealizada la vida de la comunidad primitiva. Es una comunidad, unida en la oración, en la enseñanza de los apóstoles, que celebra la eucaristía, que comparte sus bienes, en sencillez y alegría, dando un claro testimonio de la Utopía del Reino. Muchos se les agregan y son bautizados (Hch 2,42-47; 4,32-35).

El Espíritu, a lo largo de la Iglesia, actúa de forma semejante. En formulación del Vaticano II;

"El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor 3,16; 6,19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (cf Gal 4,6; Rom 8,15-16 y 26). Guía a la Iglesia a la plenitud de la verdad (cf Jn 16,13), la unifica en la comunión y el ministerio, la instruye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos, y la embellece con sus frutos (cf Ef 4,11-12; 1 Cor 12,4; Gal 5,22). Hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (cf Apoc 22,17)"[1].

6.2. La Iglesia debe proseguir la vida y proyecto de Jesús

La Iglesia no nace para sí misma, nace para la misión. Su misión es proseguir la de Jesús, anunciar el Reino de Dios y comenzar a realizarlo ya en la historia, sabiendo que la consumación final será al final de los tiempos (Evangelii nuntiandi, 14).

---

1. Lumen Gentium 4.

Esto significa que la Iglesia debe continuamente referirse a Jesús, volver a sus orígenes, a la Palabra de Dios, para saber qué tiene que hacer. El centro de la Iglesia no está en ella misma, sino afuera, en el mundo, en el Reino que es mayor que ella. Es una extraña comunidad la Iglesia, ya que no puede contentarse con engrosar sus filas, aumentar sus adeptos, celebrar sus liturgias, enseñar su doctrina a los nuevos miembros, vivir en amor fraternal entre sus hijos. Es una comunidad lanzada hacia fuera, hacia el Reino, y esto es lo que le da sentido. Como Jesús no ha venido para ser servida sino para servir, para pasar haciendo el bien y liberando de todas las opresiones y esclavitudes del maligno (Hch 10,38).

Esto supone que la Iglesia debe rehacer continuamente las opciones de Jesús por los pobres, por los pecadores y marginados, predicando el Reino de Dios y sus exigencias, aceptando la cruz, la persecución y esperando la resurrección.

El Vaticano II ha sido en esto muy claro:

"Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo (Flp 2,6), y por nosotros se hizo pobre siendo rico (2 Cor 8,9); así la Iglesia, aunque para el cumplimiento de su misión necesita recursos humanos, no está constituída para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación también con su ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y sanar a los contritos de corazón (Lc 4,18), para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10); de manera semejante la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo"[2].

6.3. El Espíritu no actúa sólo en la Iglesia

El Espíritu que aleteaba sobre la creación (Gn 1,1), que suscitó profetas y caudillos populares en Israel, y que guió la obra de Jesús (Lc), fue el que se derramó sobre la Iglesia naciente (Hch 2).

Pero este Espíritu no se circunscribe a la Iglesia. Los mismos Hechos narran el Pentecostés de los gentiles (Hch 10,44-48), análogo al primer Pentecostés de los apóstoles. El Espíritu de Jesús es un Espíritu de libertad (2 Cor 3,17), que sopla donde quiere y como quiere, como el viento, del que oímos su voz, pero no sabemos ni de dónde viene, ni a dónde va (Jn 3,8). Toda la creación y la historia están llenas del Espíritu del Señor.

Esto significa que la Iglesia no es la propietaria del Espíritu, aunque ella lo posea con abundancia, sino solamente su sacramento. La historia de salva-

---

2. Lumen gentium 8.

ción, como hemos visto, no se identifica con la historia de Israel ni de la Iglesia.

De ahí se deduce que la actitud de toda persona de buena voluntad debería ser la de apertura al Espíritu, para poder escuchar su voz, venga de donde venga. Jesús reprocha a sus contemporáneos el que no hayan sido capaces de reconocer las señales de los tiempos (Mt 16, 1-4), es decir que no hayan sabido ver cómo el Espíritu actuaba en Jesús.

La Iglesia del Vaticano II llama a estas señales del Espíritu presentes en cada momento histórico, signos de los tiempos. Hay que escrutarlos a fondo, interpretarlos a la luz del evangelio, discernirlos de otras voces que no son del Espíritu (Gaudium et spes 4). El presupuesto de todo ello es que el Espíritu guía no sólo la Iglesia, sino toda la historia. Así lo afirma el Vaticano II:

"El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios"[3].

Esto quiere decir que un cristiano debe auscultar a fondo los hechos de la historia, los acontecimientos del pueblo, los aportes de las ciencias positivas, humanas y sociales, para poder captar en ellas la voz del Espíritu. El cristiano no debe tener miedo en reconocer la acción del Espíritu fuera de la Iglesia, pues sabe que es un único Señor quien rige la historia y un único Espíritu quien la hace madurar hacia el Reino de Dios.

Desde esta nueva visión se abren nuevas perspectivas para toda persona de buena voluntad, y concretamente para el cristiano. Un nuevo estilo de contemplación y de acción surge como espontáneamente de este horizonte. Dios está no sólo en la naturaleza, no sólo en la Palabra y los sacramentos de la Iglesia, sino en la vida, en las aspiraciones más profundas del pueblo, en el gemido de los pobres, en los anhelos de los jóvenes por un mundo más justo, en las quejas del Tercer mundo. El Espíritu está presente en católicos y cristianos de otras Iglesias, en las diferentes confesiones religiosas de la humanidad, en filósofos, científicos y artistas, en las luchas del pueblo por su liberación.

El criterio para discernirlo es saber si conduce al Reino, es decir a la plenitud de vida, a la humanización verdadera, a la liberación de los pobres, a la justicia, a la paz. En todo paso del error a la verdad y de una verdad parcial a otra más plena, en el paso de la esclavitud a la libertad, del aislamiento a la comunidad, de la muerte a la vida, allí está el Espíritu del Señor. En todo paso del subdesarrollo al verdadero desarrollo, de una vida inhumana a una vida más digna, allí está el Espíritu.

---

3. Gaudium et spes 11; cf 44.

En última instancia para los cristianos el criterio para discernir el Espíritu es la vida de Jesús (1 Jn 4). ¿A dónde condujo el Espíritu a Jesús? Lo sabemos bien, a anunciar la Buena Noticia a los pobres, a dar libertad a los oprimidos y a proclamar un año de gracia y de perdón, donde los pobres puedan recuperar sus derechos (Lc 4,16-18). El Espíritu condujo a Jesús a una práctica de acuerdo con el Reino de Dios, esto le llevó a la cruz, pero fue el Espíritu quien resucitó a Jesús. El Espíritu es siempre Espíritu de vida y su fruto es el amor y el gozo para toda la comunidad (Gal 5,22-23), pero sobre todo para los pobres y pequeños, para los marginados.

7. EL ESTILO DE DIOS EN LA HISTORIA DE SALVACION

Veamos ahora, a partir de todo lo expuesto, cuál es el estilo y modo de actuar de Dios en la historia de salvación. Enumeremos algunas de las características más claras.

7.1. Dios actúa desde el margen

La acción de Dios parte ordinariamente no del centro sino de la periferia. Esta imagen geográfica quiere expresar que Dios actúa no desde el poder sino desde el no-poder, no desde la sabiduría, fuerza, prestigio y riqueza, sino desde la ignorancia, debilidad, humillación y pobreza. Escoge un pagano para que sea padre de todos los creyentes, elige a un pueblo pequeño y despreciable para que sea el portador de sus promesas ante los pueblos, a unos esclavos para ser los habitantes de la tierra prometida, a los pobres de Yahvé que regresan del exilio para ser el resto del que nazca la salvación, escoge a estériles para que sean madres de profetas y caudillos del pueblo, se encarna en una joven virgen de Nazaret sin prestigio social, escoge como apóstoles a unos pescadores, convierte a un perseguidor de la Iglesia en apóstol de los gentiles, a Pedro, que le niega, en roca de su Iglesia futura... La historia de la Iglesia está llena de hechos desconcertantes, de esta índole. La misma Iglesia está hecha de pobres pecadores y sin embargo es la portadora de la salvación.

Este hecho, que Pablo califica como locura del mundo y sabiduría de Dios (1 Cor 1, 17-30), es un revulsivo para todo el pensamiento racionalista y para lógica moderna. Estamos acostumbrados a pensar en eficacia, en medios aptos, en calcular cifras y números. No es que esto sea rechazable, pues corresponde al orden de la creación, bueno y querido por Dios. Pero hay una lógica superior, que trasciende la sabiduría humana, para que nadie se glorie en sus propios méritos y para que se resalte la gratuidad de la salvación, que no nace del esfuerzo humano, sino de la misericordia entrañable de Dios. Es la lógica de la cruz, momento insustituible de la historia de salvación.

7.2. Dios se manifiesta en el otro

A lo largo de toda la historia de salvación aparece como constante el que el Dios trascendente se revele a través de rostros humanos. La unidad del amor a Dios y el amor al prójimo es un constitutivo permanente de la revelación cristiana.

Esto va en contra de toda tentación de espiritualismo, que pretende prescindir de los hermanos para así llegar antes a Dios. Esta visión no es bíblica. La trascendencia de Dios se mantiene, pero no por un camino de negación del hermano sino por su afirmación. En el otro está el Otro, en el rostro humano, sobre todo del que sufre, está el Omnipotente; en el desconocido, el pobre y el niño, se oculta el Señor.

Esta ley salvífica se realiza en la encarnación de Jesús. Los que esperaban un Mesías celeste, quedaron desconcertados. Los mismos discípulos de Juan el Bautista no sabían si Jesús era el que había de venir o tenían que esperar a otro (Lc 7, 18-19). Más desconcertados quedaron los sumos sacerdotes, para quienes era blasfemia el que Jesús se autoproclamara Hijo de Dios (Mt 26,59-66). Y sin embargo Jesús reafirma esta doctrina. La parábola del buen samaritano es la expresión gráfica de esta ley salvífica. El sacerdote y el levita que pasan de largo, con la excusa de llegar pronto al templo y cumplir sus ritos, no hallan a Dios, mientras que el buen samaritano lo halla presente en el pobre herido y despojado por los ladrones (Lc 10, 29-37).

Más aún, Jesús en la parábola del juicio final se asimila a todos los pobres de la tierra (Mt 25,31-45). También el que recibe a un niño le recibe a El (Mc 9,36-37).

Esta doctrina, tradicional en la Iglesia, ha sido reactualizada por el Vaticano II, de modo que Pablo VI en el discurso de clausura llegó a decir:

"Y si recordamos, venerables hermanos e hijos todos aquí presentes, cómo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (cf Mt 25,40), el Hijo del hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos, además, reconocer el rostro del Padre celestial. Quien a mí me ve-dijo Jesús-ve también al Padre (Jn 14,9), nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico tanto que podemos afirmar también: para reconocer a Dios es necesario conocer al hombre"[4].

7.3. El Reino de Dios es conflictivo

Frente a la tentación constante de querer armonizar el Reino de Dios con los reinos de este mundo, hay que afirmar claramente su conflictividad. El Reino de Dios, por anunciar un mundo de fraternidad, filiación, libertad, comunión, misericordia, justicia y paz, se opone a los reinos basados en el acumular, la prepotencia, la mentira, el desprecio de los pequeños, la violencia, la venganza, la doctrina evangélica sobre la imposibilidad de servir a Dios y al dinero (Mt 6, 24), es una expresión clara de esta conflictividad del Reino.

La vida de Jesús es también aquí paradigmática. Su anuncio del Reino, que al principio entusiasma a las multitudes, luego, poco a poco, se ve recha-

---

4. Pablo VI. El valor religioso del Concilio, alocución del 7 de diciembre de 1965, n. 16.

zado por unos y otros. Los poderosos lo ven sospechoso y cuestionador de sus intereses, y el mismo pueblo también esperaba otro tipo de Mesías (Jn 6, 67). Prefieren a Barrabás, quien por lo menos defendía la lucha armada, según muchos afirman (Mc 15,6-15). La cruz es la consecuencia lógica del Reino de Dios.

Por esto en los evangelios se anuncian persecuciones y martirio para los seguidores de Jesús (Lc 6,22; Jn 15, 18-21). El Apocalipsis es un libro de esperanza para una Iglesia perseguida.

Una Iglesia que aspire, como máximo valor, a no tener conflictos con el poder, es una Iglesia que ha perdido de vista su misión.

7.4. Los pobres son el "test" del Reino

A través de toda la historia de salvación aparece como una constante la prioridad de los pobres y su valor de criterio para el Reino de Dios.

El evangelio de Mateo en su descripción del juicio final es claro: los pobres serán los jueces de la humanidad, el tribunal supremo de la historia.

Esta perspectiva invierte el modo ordinario de proceder y de actuar. Estamos ante una verdadera inversión escatológica. Los últimos son los primeros, los niños son modelo del Reino, los pobres son bienaventurados en el Reino, los que lloran reirán, los que ríen llorarán, los ricos serán derribados de sus tronos, los perseguidos serán felices.

Esto hace que la Iglesia de todos los tiempos si quiere permanecer evangélica, debe hacer de los pobres su centro, como recuerda ya la carta de Santiago (Sant 2). La fecundidad espiritual y misionera de la Iglesia depende de esta axioma. Sus momentos más gloriosos han sido los que ha tenido presente este tema y al revés. La renovación de la Iglesia pasa siempre por una conversión a los pobres, sea cual sea la forma concreta que adopte esta opción.

7.5. La salvación es gratuita

Esta sería en última instancia la gran constante de toda la historia de salvación, de la cual el tema de los pobres, la ley de la marginalidad, el ocultamiento de Dios en el otro, y la misma conflictividad del Reino, son sólo expresiones o consecuencias.

Estamos ante algo que rompe los esquemas mercantilistas y racionalistas de siempre y sobre todo modernos. Dios es diferente. Y si se inclina hacia los pobres, pequeños y despreciados, no es porque éstos sean necesariamente mejores o simplemente buenos, sino porque Dios es bueno.

Podríamos formular esta gratuidad de la salvación como la teología de las lágrimas. Si hay algo que conmueve las entrañas de misericordia de Dios son

las lágrimas de los que sufren: pobres, enfermos, débiles, pecadores arrepentidos. Así como, por el contrario, la risa del satisfecho le provoca su cólera e indignación. Dios se conmueve porque es bueno, clemente, misericordioso, lento a la cólera, compasivo, con entrañas paternas o maternas. Es como el padre de la parábola del hijo pródigo, que al ver llegar a su hijo olvida todo el pasado y hace fiesta (Lc 15, 11-32).

Es la parábola del fariseo y el publicano, narrada por Lucas (Lc 18,9-14). Los ricos y satisfechos no aceptan la gratuidad del Reino, lo desean comprar, como compran tantas cosas. Pero el Reino de Dios es diferente, es don, gracia, regalo, y solo los pobres de espíritu lo pueden comprender y aceptar. Y a los pobres se les anuncia y acerca gratuitamente.

La gratuidad del Reino de Dios es la consecuencia de que la fuente última de toda la salvación es la comunidad Trinitaria, foco de amor misericordioso y libremente generoso. El Reino es gratuito porque nace del amor gratuito del Padre, porque la encarnación es don gratuito de Dios y porque el Espíritu es el don gratuito del Resucitado. Todo es gracia. Solo los que se hacen como niños lo pueden comprender. La seguridad del niño no se basa en su fuerza, en su inteligencia o en su riqueza, sino en la confianza que tiene en sus padres. Esta gratuidad no nos exime del trabajo responsable, pero siempre en una atmósfera de confianza en el Señor, que hace crecer los lirios del campo y da comida a sus pájaros (Mt 6,25-34).

Estas constantes deberán actualizarse en cada momento de la historia de la Iglesia, de manera que lleguen a ser modos normales de la práctica eclesial en el mundo, y a través de ellas el mundo pueda creer en la presencia de Dios en la Iglesia, sacramento del Reino en la historia.

8. MOMENTO ACTUAL DE LA HISTORIA DE SALVACION

8.1. Los nuevos signos de los tiempos

Es aleccionador constatar cómo la Iglesia, a través de su magisterio, ha ido progresivamente tomando conciencia tanto de la teología de los signos de los tiempos, en general, como del problema de los pobres y marginados, en concreto.

Hace ya 25 años que Juan XXIII, en su encíclica Pacem in terris (abril 1963) comenzó a hablar de los signos de los tiempos y a señalar algunos signos de los tiempos actuales: la idea de igualdad natural de los hombres, que conduce a la promoción social, cultural y económica de las clases trabajadoras; la conciencia más viva de la dignidad de las personas y la exigencia de respeto de los derechos humanos, uno de cuyos frutos es la declaración de los derechos humanos; la convicción de que los eventuales conflictos entre los pueblos no pueden ser resueltos por las armas, sino por la negociación; la búsqueda de la paz y el desarrollo de los pueblos, a través de organizaciones políticas mundiales, de las cuales la ONU es la más importante.

Poco tiempo después, el Vaticano II, siguiendo esta misma inspiración, afirmaba solemnemente:

"Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo"[5].

Con ello el Vaticano II quería mostrar la solidaridad profunda entre la Iglesia y el mundo.

En 1975, después del Sínodo sobre la evangelización del 74, Pablo VI afirmaba claramente que la misión de la Iglesia es, como la de Jesús, evangelizar, anunciar la Buena Nueva del Reino (Evangelii nuntiandi 8; 14), pero este anuncio de salvación es liberación de todo cuanto oprime al hombre (EN 9), es renovar y transformar, desde dentro, toda la humanidad (EN 18). La Iglesia debe anunciar la liberación de millones de seres humanos, debe hacer que la liberación sea total (EN 30).

En 1981, coincidiendo con el 90 aniversario de la Rerum novarum, Juan Pablo II afirmaba textualmente:

"La Iglesia está vivamente comprometida con esta causa (la solidaridad con los trabajadores), porque la considera como su misión, su servicio, su verificación de fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres'[6].

El antiguo tema de la Iglesia de los pobres, vuelve de nuevo bajo el pontificado de Juan Pablo II.

En 1984, en la Instrucción de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, se puede leer:

"La poderosa y casi irresistible aspiración de los pueblos a una liberación, constituye uno de los principales signos de los tiempos que la Iglesia debe discernir e interpretar a la luz del evangelio"[7].

De este modo los signos de los tiempos de la Pacem in terris se actualizan para nuestros días.

Dos años más tarde, en 1986, la Comisión Pontificia Justicia y Paz publica un documento con el título: 'Al servicio de la comunidad humana'; una consideración ética de la deuda internacional. Este documento aborda el tema de la deuda externa que pesa sobre el Tercer Mundo, pidiendo una postura de solidaridad internacional.

---

5. Gaudium et spes 1.
6. Laborem exercens 8.
7. Libertatis nuntius I, 1.

En 1987, Juan Pablo II, al conmemorar el 20 aniversario de la encíclica Populorum progressio, constata que la situación mundial en estos 20 años más bien ha empeorado, y hace un llamado universal a la solidaridad (Sollicitudo rei socialis 40), hacia un desarrollo auténticamente humano (SRS 29), a optar, como Jesús, por los pobres (SRS 42), a trabajar por anticipar el Reino (SRS 48), luchando contra las estructuras de pecado que nos aprisionan (SRS 36).

Podemos concluir esta sucinta enumeración de tomas de postura del magisterio eclesial sobre los signos de nuestro tiempo, con las palabras del Sínodo de Obispos del 87, con motivo del 20 aniversario de la clausura del Vaticano II:

"La Iglesia se ha hecho más consciente de su misión al servicio de los pobres, los oprimidos, los marginados"[8].

El tema de los pobres y la necesidad de responder a esta grave situación de injusticia colectiva que se vive en nuestro tiempo, aparece cada vez más fuerza como un llamado de Dios, como un verdadero signo de nuestros tiempos. Notemos que todos estos pronunciamientos tienen un carácter universal, se dirigen a todos los católicos, más aún a los hombres de buena voluntad.

8.2. Signos de los tiempos en América Latina

Si ahora dirigimos nuestra mirada a América Latina constataremos que desde la década de los 60 se ha vivido una irrupción de los pobres en la sociedad y en la misma Iglesia. La Asamblea Episcopal reunida en Medellín el 68 habló ya del sordo clamor que brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte (Medellín, Pobreza de la Iglesia 2).

Once años después, en la Asamblea Episcopal de Puebla se afirma que este clamor ahora es "claro, creciente, impetuoso y en ocasiones, amenazante" (Puebla 89).

La Iglesia en América Latina ha comenzado a percibir en este clamor de los pobres un signo de los tiempos. Ha comenzado a tomar conciencia de la situación de pobreza estructural del continente, de la violación de derechos humanos, de que esta situación, a la luz de la fe, es pecado y contraria a los planes de Dios (Puebla 28-30). Esto le ha llevado, siguiendo a Medellín, a hacer una opción preferencial por los pobres (Puebla 1134-1165).

La Iglesia de América Latina ha comenzado a tomar en serio este clamor. Obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, teólogos, comunidades de base, disciernen este signo de los tiempos como un grito del mismo Jesús (Puebla 31-39), y como un llamado del Espíritu a realizar una conversión.

---

8. Sínodo episcopal de 1987, II, D 6.

Estamos ante un tiempo propicio (un kairós, en lenguaje paulino, 2 Cor, 6,2). Surge una nueva espiritualidad contemplativa y liberadora, la Biblia es reapropiada por el pueblo, hay persecución y martirio; la Iglesia vive un momento de éxodo, de exilio, de crucifixión y también de Pascua. Hoy los mártires latinoamericanos no son solamente obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, sino agentes pastorales laicos, catequistas, mujeres de las CEBs, campesinos, indígenas, sindicalistas, trabajadores, jóvenes, niños... que han sido asesinados por vivir una fe solidaria con el pueblo y comprometida con la justicia. Este martirio es semilla de una Iglesia nueva, pobre, evangélico, libre y pascual.

8.3. Nueva Evangelización

En este contexto eclesial y latinoamericano, el Papa Juan Pablo II en Santo Domingo hace el llamado a una Nueva Evangelización para América Latina: "nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión".

Es un gran reto. Se trata de prolongar y actualizar la historia de salvación para nuestros pueblos: evangelización liberadora e integral, que anuncie y realice el Reino de Dios en América Latina, comunicando vida en un continente marcado por la muerte prematura o violenta, optando prioritariamente por los pobres, en comunión eclesial, trabajando juntos por renovar desde dentro nuestro mundo y construir un mundo nuevo, donde haya más justicia, más libertad, más fraternidad.

El Papa formula algo que estaba en el corazón de toda la Iglesia de América Latina y que venía exigido tanto por los fallos de la primera evangelización como por los nuevos campos a evangelizar hoy. La Conferencia Episcopal de Puebla ya había comenzado a tratar expresamente este tema. Se puede decir que desde Medellín América Latina ha comenzado ya la Nueva Evangelización.

Este reto forma parte de la historia trinitaria de Dios con nuestro mundo, actualiza el designio salvador del Padre, la encarnación de Jesús y la misión del Espíritu. La salvación acontece en la historia y en la geografía.

Pero antes de seguir adelante, veamos algunas líneas teológicas que emergen de todo el proceso de historia de salvación recorrido hasta ahora.

9. LINEAS TEOLOGICAS EMERGENTES

9.1. Unidad de la historia de salvación

Quizás durante años hemos hablado de una doble historia de salvación: una historia sagrada y otra profana, una historia de la Iglesia y una historia política, de una historia que ocurre en el interior del corazón o en el templo y de otra historia exterior y mundana. Dios parecía hallarse solamente en la historia sagrada, mientras que la historia de la humanidad parecía relegada a la perdición o por lo menos parecería discurrir lejos de Dios.

Esta concepción parte de un dualismo espíritu-materia, más propio de místicas gnósticas y maniqueas que de la Biblia. La encarnación de Jesús rompe totalmente este esquema. Encontramos a Dios en la historia, en un pueblo, en un hombre desconocido llamado Jesús de Nazaret. Ni siquiera después de la resurrección Jesús deja su cuerpo (Lc 24, 36-43). Jesús nace en un tiempo concreto, en tiempo de Augusto (Lc 2,1). Y es bajo Poncio Pilato cuando Jesús muere, como repetimos en el credo.

Añadamos al misterio de la encarnación, la venida del Espíritu que llena el universo, la historia, la humanidad entera. Como hemos visto, los signos de los tiempos son momentos especialmente transparentes de esta presencia del Espíritu en nuestro mundo.

Se sigue de ello la unidad profunda de la historia de salvación. Es en este mundo donde nos salvamos o condenamos. Es en la relación con los demás, sobre todo con los pobres, donde se juega la salvación o perdición (Mt 25).

Esta historia, sin embargo, es ambivalente. O se dirige a la vida o siembra muerte. Puede ser historia de salvación o de perdición. Nada es indiferente, todo se orienta a la vida o a la muerte. Política, sexualidad, economía, sociedad... pueden ser caminos de vida o de muerte. Progreso, cultura, ciencia, técnica, pueden conducir a un desarrollo auténtico o ser instrumentos de muerte. La misma religión puede ser alientante o liberadora. En esta encrucijada se debate la humanidad y la misma Iglesia. La salvación viene del cielo, pero brota de la tierra (Is 45,8).

9.2. El Reino de Dios como horizonte

El horizonte de esta historia es el Reino de Dios. Esta afirmación resulta novedosa para quienes creían que la Iglesia era el horizonte último de la historia y su fin eclesializar todo el mundo. Sin embargo, desde el misterio fontal de la Trinidad hasta la escatología final, sólo hay un designio amoroso del Padre: el Reino de Dios, Reino de filiación y de fraternidad, en Cristo, por el Espíritu.

Pero este Reino tiene sus leyes, como hemos visto:

— Prioriza a los pobres, marginados, pequeños, niños, pecadores, débiles.

— Debe ser anticipado ya en este mundo (GS 39; SRS 48).

— Debe extenderse con medios connaturales al mismo Reino: pobreza, sencillez, misericordia, respeto, libertad, amor.

— No es sólo un anuncio o una denuncia, sino también y ante todo, una transformación de la realidad, una renovación desde dentro (EN 18).

— Sigue el paradigma de la vida de Jesús: encarnación, conflictos, cruz, resurrección.

— Está animado por el Espíritu, que prolonga la vida y opciones de Jesús.

— Este Reino es de Dios, de modo que no se puede hablar de Dios sin aludir al Reino, ni del Reino sin hacer mención de Dios.

— Este Reino es el horizonte de la Iglesia, la cual es su sacramento, semilla (LG 5) con su comunidad, Palabra, sacramentos, vida, testimonio, martirio.

— Este Reino es siempre en este mundo algo provisional, parcial, anticipación pobre de la plenitud escatológica.

— Este Reino es gracia, don de Dios, objeto de petición cotidiana, y exige una continua conversión de todos.

Este horizonte del Reino de la historia de salvación del pasado y del presente una profunda unidad y continuidad, a través de diferentes etapas y momentos, y constituye un criterio de discernimiento importante.

9.3. Iglesia Pueblo de Dios

La iglesia es un misterio, que hunde sus raíces en la Trinidad (LG I). Toda aproximación a ella es parcial, fragmentaria y sólo puede hablar a través de símbolos.

Tanto la Escritura como la Tradición han usado diferentes símbolos para designar a la Iglesia: Cuerpo de Cristo, Edificio de Dios, Templo del Espíritu, nave, redil, viña.

Sin embargo, desde el Vaticano II la Iglesia ha privilegiado el título de Pueblo de Dios (LG II). Este título eclesiológico enlaza con el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, haciendo de la Iglesia el nuevo Pueblo de Dios. Tiene la ventaja de situar los ministerios y carismas de la Iglesia (LG III, IV, VI) bajo una óptica común, resaltando más lo que une que lo que separa: bautismo, palabra, eucaristía, fe, sacerdocio común, caminar hacia la escatología y el don del espíritu, unen a todos los cristianos (LG 10-13).

La noción de Pueblo de Dios acentúa también la dimensión comunitaria e histórica: es un pueblo que camina conjuntamente, siguiendo el camino de Jesús (LG 8). En formulación de Puebla, la Iglesia es "Familia de Dios, concebida como Pueblo de Dios peregrino a través de la historia que avanza hacia su Señor" (Puebla 232).

Por otra parte este título no nos separa de otros cristianos (LG 15), ni de otros creyentes, ni del resto de la humanidad (LG 16). Todos tenemos un destino común, pues Cristo no es solamente Cabeza del Pueblo mesiánico (LG 9), sino de toda la humanidad:

"El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la

humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra (Ef 1,10)"[9].

9.4. María, símbolo y resumen de la historia de salvación

En María, decía Juan Damasceno, se compendian todos los dogmas. Ella es como un resumen humano de la historia de salvación. Es "el gran signo, de rostro maternal y misericordioso de la cercanía del Padre y de Cristo, con quien ella nos invita a entrar en comunión" (Puebla 282).

Su figura simboliza la unidad de la historia de salvación, ya que en su seno se unen, por obra del Espíritu, la eternidad de Dios y la historia humana. Ella sintetiza el encuentro entre la fe y la historia de los pueblos.

Ella está abierta plenamente al plan de Dios, al Reino, a la voluntad del Padre: Hágase en mí según su palabra (Lc 1,38). Experimenta en su propia carne y en su historia, en grado máximo las señales del Reino. Es elegida desde el margen, desde la humillación y la pobreza. No es estéril, sino virgen, para que resplandezca más la desproporción entre los medios humanos y el don trascendente de Dios. Vive en su vientre el misterio de la salvación encarnada, histórica. Por ella Jesús se inserta en una raza, una cultura, un pueblo. Vive la dimensión liberadora de la gracia, experimenta la gratuidad y misericordia del Señor, y sufre los conflictos de la vida de Jesús.

Es la primera evangelizadora de la Buena Nueva y la que proclama que Dios ensalza a los humildes y derroca a los potentados.

Ella es el símbolo de la Iglesia (LG VII) Pueblo de Dios, en marcha, peregrina de la fe hacia la Tierra prometida, mujer fuerte y madre de la comunidad.

Ella es, en fin, "estrella de la evangelización siempre renovada" (EN 81, Puebla 303), dándole a la evangelización ternura, calor materno y un aire de familia. María es la evangelización hecha pueblo.

10. MISION DE LA VIDA RELIGIOSA EN ESTA HISTORIA DE SALVACION

Hasta ahora no hemos hablado sobre la vida religiosa ni sobre la formación. No se trata de un olvido, sino de situar correctamente a la vida religiosa y a la formación en el marco más amplio de la historia de salvación.

9. Gaudium et spes 45.

10.1. La Vida Religiosa como carisma profético

La vida religiosa es uno de los carismas con los que el Espíritu enriquece a la Iglesia (LG 4). Se trata, concretamente de un carisma profético que, como toda profecía, tiene una misión muy concreta en el Pueblo de Dios.

Desde el Antiguo Testamento, pasando por el Nuevo Testamento, hasta llegar a nuestros días, el Espíritu suscita hombres y mujeres en su Pueblo para que sean, por una parte, memoria viva de Dios y de sus planes, y por otra, anticipen, de algún modo, la escatología.

En el caso concreto de la vida religiosa, tal como ha surgido en la Iglesia, este carisma es memoria evangélica de Jesús y quiere anticipar con su vida el Reino de Dios. Su vida se convierte en parábola viva del Reino, más por su estilo radical de seguimiento de Jesús, que por las obras concretas que realiza. Las obras son expresiones de algo más profundo, la entrega incondicional al Señor y a su Reino. Pobreza por el Reino, celibato-virginidad por el Reino, obediencia a una comunidad que quiere vivir según el espíritu del Reino, son formas existenciales de expresar esta total apertura al Señor.

Todo ello confiere a la vida religiosa un carácter eminentemente simbólico, un signo, como repite constantemente el Vaticano II (LG 44). Un símbolo que hace transparente la memoria del Señor, la radicalidad de su llamado, la tensión hacia el Reino. Su vida, la comunidad, sus formas diferentes de actividad no son más que mediaciones simbólicas de su carisma.

A este carácter de anuncio simbólico del Reino se añade la función exorcística. El Reino de Dios está en conflicto, la expulsión del maligno es signo de la presencia del Reino de Dios entre nosotros (Lc 11,20). La vida religiosa tiene esta dimensión exorcística. Luchar contra las fuerzas de muerte, contra las estructuras demoníacas que nos oprimen, es hacer avanzar el Reino de Dios. En cada momento histórico habrá que ver cuáles son estas fuerzas demoníacas.

Finalmente, la vida religiosa tiene una función transfiguradora de la realidad. Como en el misterio de la transfiguración del Señor hay un anticipo de la pascua, así, la vida religiosa debe trabajar por transfigurar toda la realidad en la línea de la Pascua y del Reino (GS 39; SRS 48). Transfigura su cuerpo, su afectividad, su libertad, su tener y compartir a través de los votos. Debe transfigurar la realidad circundante, la Iglesia y la sociedad, en orden al Reino, según el propio carisma y las exigencias del momento.

De este modo la vida religiosa, en cada momento histórico es memoria, exorcismo y transfiguración, anuncio, denuncia y transformación de la realidad hacia el Reino. Vive existencialmente lo que la Iglesia celebra litúrgicamente en sus sacramentos y en concreto en la eucaristía (SRS 48).

10.2. La Vida Religiosa surge en momentos de crisis

Esta definición más teórica de vida religiosa que hemos dado, no nace sino de la reflexión sobre lo que ha ocurrido en la historia de la Iglesia. En momentos de crisis social y eclesial, en momentos de cambios históricos profundos, cuando la Iglesia tiene el riesgo de olvidar el evangelio y el Reino de Dios, el Espíritu suscita estos carismas proféticos. Son conocidos algunos de estos momentos: el siglo IV donde surge el monaquismo, los siglos XII-XIII cuando aparecen los mendicantes, el siglo XVI que ve nacer la vida religiosa moderna, el siglo XIX con una gran floración de congregaciones apostólicas masculinas y femeninas.

Formulado de otra forma, la vida religiosa es la respuesta profética que el Espíritu suscita en la Iglesia ante los nuevos signos de los tiempos. Fundadores y fundadoras son personas que con gran sensibilidad han captado estos signos de los tiempos, los han auscultado, los han discernido y les han dado una respuesta evangélica, personal y colectiva.

Esta constatación, afirmada por todos los historiadores de la vida religiosa, ofrece materia de reflexión. No siempre, al correr de los años, la vida religiosa ha mantenido su carácter profético y de memoria evangélica, que tuvo al nacer. Hay retrocesos, olvidos, fallos, acomodaciones al mundo, mundanización, corrupción. Las continuas reformas dentro de la misma vida religiosa son siempre una vuelta a sus orígenes más primigenios, a su misión profética, a su función de terapia de shock eclesial.

Precisamente el Vaticano II ha invitado a la vida religiosa a volver a sus orígenes evangélicos y carismáticos profundos, para así poder cumplir su misión profética en la Iglesia de hoy (Perfectae caritatis 2). No sé si hemos reflexionado suficientemente sobre las implicaciones que este hecho supone. En el fondo es constatar que la vida religiosa había perdido fuerza profética para el momento actual, que ya no respondía a los signos de los tiempos de hoy, que no tenía suficiente vigor exorcístico y transfigurador.

La vida religiosa, si desea ser profética, no debe perder nunca de vista su dimensión profética dentro de la historia de salvación. Una vida religiosa al margen de la historia de salvación, no tiene ya sentido.

10.3. La Vida Religiosa en América Latina

América Latina respondió con generosidad a las invitaciones del Vaticano II. Tanto Medellín como Puebla son una prolongación de este llamado conciliar y el testimonio de una respuesta que se comienza a dar. Puebla constata que las tendencias más notables de la vida religiosa en América Latina en estos últimos años han sido una profundización de la experiencia de Dios, un redescubrimiento de la comunidad fraterna, la opción preferencial por los pobres y la inserción en la vida de la Iglesia particular (Puebla 722-738).

Concretando un poco más, y buscando la raíz de esta renovación, podemos decir que la vida religiosa de América Latina ha comenzado a escuchar el clamor de los pobres, a ver en ellos la voz del Espíritu, a descubrir en las causas de esta situación de injusticia una estructura demoníaca que conviene exorcizar. La vida religiosa en América Latina ha comenzado a anunciar claramente que el plan de Dios es diferente, y ha comenzado a realizar transformaciones alternativas de esta realidad, transfigurándola en orden al Reino de Dios.

En un continente lleno de injusticias y muertes, la vida religiosa no podría permanecer sorda a este llamado. Si todos los religiosos habían sido invitados por Pablo VI en Evangelica Testificatio a responder a este grito de los pobres (ET 17), mucho más esto era necesario en América Latina.

Se añade a ello el llamado a toda la Iglesia latinoamericana hacia una Nueva Evangelización, como ya hemos visto. Es de nuevo un reto para la vida religiosa latinoamericana, que tuvo una presencia determinante en la primera evangelización y que continúa teniendo un peso cuantitativo y cualitativo grande en la Iglesia latinoamericana de hoy.

Para realizar esta nueva tarea, la vida religiosa en América Latina comienza a realizar un desplazamiento del centro a la periferia, en una inserción geográfica, social, cultural, histórica y espiritual en el mundo de los pobres (campesinos, suburbios de las grandes ciudades, indígenas, razas y etnias marginadas...). La CLAR y las conferencias nacionales de religiosos animan a ir dando este paso, con discreción, pero sin miedo.

10.4. Lectura teológica del momento actual

¿Cómo interpretar teológicamente este éxodo de la vida religiosa latinoamericana hacia la periferia? ¿Es una moda pasajera, un entusiasmo del momento?

Con toda la perplejidad y modestia necesarias ante un hecho demasiado reciente y joven, creemos que se puede afirmar que estamos ante algo muy semejante a lo que sucedió en los grandes ciclos de vida religiosa de la historia de la Iglesia. En un momento de crisis socio-eclesial, ante un llamado de la misma Iglesia, la vida religiosa, releyendo sus carismas propios a la luz de los signos de los tiempos de hoy, discierne que en América Latina la profecía a la que la vida religiosa está llamada a simbolizar es una profecía de inserción, cercanía, solidaridad con los más pobres, que son cuantitativamente hablando, la gran mayoría del continente.

No se desprecian otras formas de trabajo, no se cree que todos deban caminar de igual manera, hay analogía de carismas y de formas de inserción, habrá siempre necesidad de otras formás más tradicionales de vida religiosa, como la misma Iglesia lo ha recordado. También sucedió algo semejante en los orígenes de los ciclos de vida religiosa. Cuando nacen los mendicantes no mueren los monasterios, ni con la vida religiosa moderna desaparecen las

formas medievales, pero no quedan igual. También hoy, la opción por los pobres atraviesa todas las congregaciones aunque sus formas de respuesta pueden variar. La respuesta del carisma de Foucauld no será igual a la del carisma franciscano, ni ésta igual a la de los carmelitas, ni ésta semajante a la de los jesuitas. No es igual la forma de vida religiosa masculina y femenina en todo este proceso. Hay que decir que las mujeres tienen en este proceso un papel de vanguardia.

Resumiendo, nos atreveríamos a decir que nos hallamos ante un ciclo nuevo de vida religiosa, con la diferencia que antes cada nuevo ciclo veía surgir nuevas fundaciones, mientras que hoy son todas las congregaciones las que se ven desde dentro llamadas a este estilo nuevo de vida religiosa.

Pero podemos dar un paso más, más allá de las hipótesis históricas. En el fondo, los carismas al acercarse geográfica, cultural y espiritualmente al mundo de los pobres, no hacen más que actualizar para nuestro mundo de hoy las grandes leyes de la historia de salvación. Inserción inculturación, trabajo liberador, misión eclesial profética, Nueva Evangelización, etc., no son sino formas de formular hoy en América Latina las grandes constantes de la historia de salvación.

Dicho de otro modo, la vida religiosa, si quiere ser memoria realmente evangélica y profecía escatológica, exorcismo y transfiguración, no tiene otro camino que profundizar en las constantes de la historia de salvación.

Y estas constantes hallan en la vida del Jesús histórico, en sus opciones, su muerte y su resurrección, el paradigma adecuado. Si es el Espíritu el que llama a la vida religiosa actual de América Latina hacia estos pasos ¿podría sugerirle otros caminos que los que el mismo Jesús recorrió?

Si hay crisis en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia es precisamente por haber olvidado estas grandes lecciones de la historia de salvación. Si la vida religiosa quiere recordárselas, sólo lo podrá hacer si ella misma comienza por vivirlas de forma simbólica y existencial.

¿Qué otra forma tiene la vida religiosa de afirmar la suprema dignidad del pobre que el acercarse a él y vivir con él, por él, como él? ¿Qué medio más eficaz tiene la vida religiosa de afirmar que es vano el buscar a Dios en las nubes de incienso si se olvida al hermano herido en el camino, que viviendo la nueva espiritualidad del buen samaritano? ¿Qué mejor traducción de los votos, sobre todo del de pobreza, que el vivir solidariamente con el pueblo pobre? ¿Qué forma más concreta de ir realizando la Iglesia de los pobres, que comenzar por vivir con ellos? ¿Qué mejor forma de realizar la Nueva Evangelización que insertándose en los medios populares, dejándose evangelizar por ellos, en un continuo diálogo fraterno y liberador?

Hay una convergencia real entre las grandes lecciones de la historia de salvación, los signos de los tiempos de la Iglesia de hoy, sobre todo en América Latina, las exigencias de la Nueva Evangelización y la respuesta que se comienza a dar a través de este nuevo estilo de vida religiosa.

11. LA NUEVA FORMACION

Después de haber visto cuál es la misión de la vida religiosa dentro de la historia de salvación y concretamente en este momento de una Nueva Evangelización, podemos decir algo ya sobre la nueva formación.

La formación a la vida religiosa no es algo extraño a cuanto hemos visto hasta ahora. Si la vida religiosa lo que debe hacer es reactualizar la memoria de Jesús, profetizar el Reino, ser exorcismo colectivo frente a las estructuras de pecado, entonces la formación a la vida religiosa debe iniciar a la historia de salvación, muy concretamente a la historia de salvación en su etapa actual para América Latina.

Esto significa que la formación deberá ser iniciación, mistagogía, —si queremos emplear un término de la catequesis primitiva—, a la historia de la salvación, intensificando sus grandes líneas teológicas, y espirituales.

Deberá introducir a la misericordia y la paciencia de Dios, a su predilección por los pobres a su actitud liberadora, salvadora de la muerte, tal como se nos han ido revelando en la historia.

Deberá iniciar a la historia de Jesús, con una vida que se asemeje o mejor, que siga los grandes trazos de la vida del Jesús histórico, su entrega al Padre, su opción por los marginados, su preocupación por crear una comunidad, su predicación del Reino, la aceptación de los conflictos que le llevaron a la cruz y a la resurrección. La encarnación de Jesús, su inserción en la historia de su pueblo, será siempre el paradigma de la formación religiosa.

Los formadores deberán tener muy presente el modo como Jesús formó a sus discípulos, su integración lenta y gradual a los valores nuevos del Reino, la coherencia entre palabra y vida, la experiencia comunitaria, el partir de la vida y el volver continuamente a ella.

Dentro de esta perspectiva, el ejemplo de los fundadores y fundadoras con sus primeros compañeros, será siempre un modelo. La historia nos dice que todas las fundaciones en sus orígenes más que tener grandes casas de formación separadas del pueblo y aisladas de los problemas de la vida, formaron a sus primeros miembros de una forma muy vital, connatural, desde la experiencia, en el día a día. Esto no invalida el que pueda haber lugares y tiempos especialmente fuertes dedicados a la formación, pero crea una imagen diferente de la clásica.

La formación para la Nueva Evangelización deberá seguramente tener más en cuenta estos modelos primigenios de lo que hasta ahora se ha hecho. La formación no es tanto un lugar o un tiempo aparte, cuanto un proceso continuo que se prolonga durante toda la vida. También desde esta nueva imagen aparece claro que el formador no es solamente una persona, sino toda una comunidad, de la que forma parte, en un sentido amplio, todo el Pueblo de Dios.

La formación para la Nueva Evangelización en América Latina deberá asumir los grandes temas de esta Nueva Evangelización: desde abajo, liberadora, inculturada. No es que sea algo específico y privativo de la vida religiosa, sino un imperativo de los signos de los tiempos para América Latina hoy.

Se rompe así cierto aristocratismo, típico de la vida religiosa clásica que se consideraba la élite de la Iglesia. La vida religiosa en América Latina, si quiere responder a los nuevos signos de los tiempos deberá situarse en el mismo camino que las comunidades de base, los mártires latinoamericanos, la religiosidad popular, la espiritualidad que va surgiendo hoy en el pueblo, la lectura popular de la Biblia, la nueva reflexión teológica liberadora latinoamericana, las grandes opciones de Medellín y Puebla. Y naturalmente en este caminar, los religiosos adultos deberían preceder a los más jóvenes y ser un modelo para ellos. No se puede relegar únicamente a la nueva generación la responsabilidad de crear este nuevo estilo de vida religiosa.

Lo específico de la vida religiosa (votos, comunidad, misión, carisma) se deberá situar en esta perspectiva de la historia de salvación. Esto posibilitará, como ya sucede, nuevas traducciones y expresiones de esta vivencia profunda en el nuevo contexto latinoamericano de hoy. Querer mantener la especificidad de la vida religiosa al margen de esta gran historia de salvación, es relegar la vida religiosa al terreno de la arqueología, negándole su capacidad profética para hoy.

Esta es, en el fondo, la gran cuestión para la vida religiosa y para la formación: ¿desea ser profética, en el mundo de hoy, o simplemente un residuo del pasado? En el primer caso, deberá comenzar a caminar con todo el Pueblo de Dios en esta larga marcha de liberación. Sólo desde este contexto la vida religiosa tendrá algo que decir al mundo de hoy.

Todo esto significa que los grandes ejes que la formación religiosa en América Latina hoy aborda (inserción, inculturación, liberación...) no son más que consecuencias de haber enmarcado de nuevo la vida religiosa dentro del contexto de la historia de salvación. La mejor fundamentación teológica de la nueva formación es el integrarla, teórica y prácticamente, dentro del marco de la historia de salvación. Querer buscar una fundamentación teológica específica y particular, nos parece empobrecer el problema y darle soluciones ficticias o parciales.

El Vaticano II realizó la gran tarea de resituar la vida religiosa dentro de la Iglesia. Por vez primera en una constitución dogmática sobre la Iglesia se hablaba de la vida religiosa (LG VI). Desde entonces no se puede ya hablar de la Iglesia sin tratar de la vida religiosa, ni se puede hablar de la vida religiosa si no es dentro de un contexto eclesial.

En la Iglesia de América Latina en nuestros días se da un paso más. Puesto que la Iglesia es sacramento del Reino de Dios y se orienta al Reino, la vida religiosa no puede ya entenderse plenamente sólo desde el ámbito eclesial,

sino que debe abrirse al ámbito del Reino, de la historia de salvación. Solo dentro de la historia de salvación, la vida religiosa puede hallar su sentido pleno. Y ojalá vuelva a ser verdad que la historia de salvación solo es comprensible si en ella aparece esta misteriosa fuerza profética que llamamos vida religiosa, que con otros carismas camina junto al Pueblo de Dios en su marcha hacia la escatología.

Seguramente esto puede decepcionar a algunos que desearían que ya aquí descendiéramos a detalles más concretos. Esto será tratado en los capítulos siguientes. Aquí nos basta haber situado a la formación para la Nueva Evangelización dentro del contexto más amplio de la historia de salvación. Dicho de otro modo, tanto la vida religiosa como la formación deben convertirse al Reino y a la historia de salvación.

Lo que sí puede afirmarse en este capítulo de fundamentación teológica es que será necesario un clima de discernimiento continuo para ir concretando cuáles son las formas, estilos, modos, ritmos, acentos, de esta nueva formación. Pero lo importante es que el criterio de discernimiento no será la tradición del pasado, ni siquiera lo que se hace hoy en el Primer mundo, sino los signos de los tiempos que son hoy interpelación de Dios para nuestra historia latinoamericana.

Seguramente estamos todavía muy lejos de comprender todas las consecuencias de estos planteos. Seguramente nos falta espacio y aliento para poder vislumbrar todavía todas las implicaciones que de aquí se derivan para la nueva formación. Pero lo importante es haberla situado en su lugar correcto.

Cuenta el evangelio de Juan que cuando Andrés y el discípulo amado comenzaron a seguir a Jesús, le preguntaron dónde vivía. Querían tener una referencia concreta, conocer un lugar al cual acudir para verlo o visitarlo ocasionalmente. Pero Jesús no les responde con un dato geográfico preciso, sino que les invita a seguirle: Vengan y verán (Jn 1,35-39).

También la vida religiosa ante la nueva formación quisiera tener recetas o caminos concretos. Pero sin negar que se deba ir concretando, lo importante es comenzar a ponerse en camino. Vengan y vean. Vengan y vean cómo vive el Pueblo, cómo sufre, cómo cree, cómo espera, cómo ora, cómo muere, y viéndolo verán qué deben hacer ustedes, cómo deben orientarse y prepararse para servirle, para anunciarle la Buena Nueva, para renovarlo, para transformarlo, para poderle decir que el Reino de Dios está cerca.

En este caminar conjunto, la vida religiosa hallará a Dios, pues el Señor siempre camina con su Pueblo.

“LA POBREZA EN EL MUNDO: INTERROGANTES Y DESAFIOS PARA LOS RELIGIOSOS”*

P. Iván Marín (Cor Unum)

INTRODUCCION

La historia de la Iglesia nos muestra que ella siempre se ha preocupado por los pobres y ha participado activamente, con la diligencia de una madre, en la solución de sus sufrimientos.

Desde los primeros pasos dados por la comunidad cristiana se encuentra con diversos rostros de pobres, ya sean las viudas, cuya situación obligó a los Apóstoles a buscar una solución; ya sean los diversos tipos de carencias que encontraban una ayuda en la comunidad cristiana que había resuelto poner los bienes en común (Cfr. Act. 2,42ss).

Desde su nacimiento, la Iglesia comprendió muy bien el primado de la Caridad, ello explica la solicitud por aliviar las necesidades y el esfuerzo por realizar una comunicación cristiana de bienes. Así nacieron obras e instituciones, todas inspiradas en las palabras y en el ejemplo de Cristo. De igual modo, entre las Ordenes y Congregaciones Religiosas se podría afirmar, que ninguna ha carecido de obras en favor de los pobres, que de mil maneras han querido ser un testimonio de la caridad operante de Cristo en la Iglesia.

Hoy, ante el escandaloso panorama de la pobreza en el mundo, a pesar de los avances tecnológicos e industriales, todas las fuerzas vivas de la Iglesia se interrogan y buscan formas nuevas para dar una respuesta. Es pues, muy legítima, evangélica y eclesial la preocupación y el interés con que la UNION DE SUPERIORES GENERALES continúa planteándose el tema “la pobreza en el mundo, interrogantes y desafíos para los Religiosos”.

Mi aporte a esta reflexión, que no tiene la pretensión de enseñar nada nuevo, es sobre todo una experiencia vivida de ministerio sacerdotal 20 años en un país de los llamados del tercer mundo, dedi-

* Ponencia en la XXXVII sesión de la U.S.G. (mayo 89).

cado a la animación de las Comunidades Eclesiales de Base en una primera etapa y luego como director de CARITAS, es una experiencia que ahora se enriquece desde el servicio a la Iglesia en el Pontificio Consejo COR UNUM. Tratando de ser fiel al tema que me fue señalado por los organizadores, dividiré mi presentación en tres partes: El problema de la pobreza en el mundo: los interrogantes que nos hacemos como Iglesia; y los desafíos que tal situación plantea a la Iglesia y a los Religiosos.

I. EL PROBLEMA DE LA POBREZA EN EL MUNDO

El tema de la POBREZA ha sido estudiado y tratado por todas las ciencias: sociales, políticas, económicas y culturales. La Iglesia en los últimos años, ya sea desde las ciencias bíblicas, teológicas o pastorales ha dedicado muchas energías a estudiar y reflexionar sobre la pobreza en el mundo.

Hoy constatamos con asombro y preocupación, que no obstante los avances técnicos que maravillosamente el hombre ha logrado para producir más y mejor, la pobreza, y aún la miseria, está azotando a un altísimo y creciente número de hombres y mujeres con quienes compartimos la vida en este planeta.

1.1. ¿Qué es pobreza y quién es el pobre?

¿Qué es pobreza y quién es el pobre? No pretendo entrar en las sutilezas que han encontrado los expertos de las distintas disciplinas, doy por conocidas estas distinciones y términos, unos son objetivos y otros subjetivos. Por ejemplo, en un país industrializado oí hablar del "pobre agricultor" porque sólo tiene una casa y un tractor; mientras, "pobre agricultor - pobre campesino", en otros países, especialmente en los países no desarrollados, significa, un hombre o una mujer, generalmente con una familia numerosa, que no tiene educación ni tierra; muchas veces no tiene trabajo y, cuando lo tiene, la remuneración no alcanza para comprar lo necesario para subsistir con su familia.

1.2. La pobreza económica

Aquí vamos a tratar de visualizar la pobreza en el sentido económico, como la carencia de los bienes necesarios para vivir dignamente. Según los grados de carencia se puede hablar de pobreza, de pobreza absoluta, de indigencia, de marginación, etc. El azote de la pobreza ofrece un panorama, que por su crueldad y extensión, se puede calificar de alarmante y deshumano, de pecado contra la humanidad. Los diversos impactos de la pobreza tienen nombre: son los hambrientos, son los sin techo, los analfabetos, los inválidos, los desocupados, los marginados, los refugiados y muchos otros.

1.3. El Hambre en el mundo

El hambre es una de las consecuencias de la pobreza que más degrada al hombre. El hambre aumenta en forma alarmante en muchos continentes y en muchos países.

Hace 15 años el Consejo Mundial de la Alimentación reunido en Roma, decía: "Todos los Gobiernos deberán acoger favorablemente la eliminación del flagelo del hambre y de la desnutrición... estableciendo

como objetivo, que al cabo de diez años, ningún niño irá a dormir con hambre, ninguna familia se preocupará por el pan del día siguiente, y que el porvenir de los hombres, y sus capacidades no serán limitados en su desarrollo por la desnutrición" (C.M.A., Roma, 1974).

Pasaron los 15 años y el objetivo no se ha cumplido; una tercera parte de la población de los países en vías de desarrollo está desnutrida, y de ésta, la mitad son niños; 40.000 de ellos —como flores en el desierto— mueren diariamente por desnutrición e infecciones. El hambre es una realidad dramática y aterradora que azota a un número altísimo de familias. Juan Pablo II en su mensaje de Cuaresma de 1989 exclama:

> "El hambre en el mundo azota a millones de seres humanos en muchos pueblos, pero se centra con mayor severidad en algunos continentes y naciones donde diezma la población y compromete su desarrollo. La carencia de alimentos se presenta cíclicamente en algunas regiones por causas muy complejas que es necesario erradicar con la ayuda solidaria de todos los pueblos.

Nos gloriamos en este siglo por los progresos de la ciencia y la tecnología, y con razón, pero también tenemos que avanzar en humanismo, no podemos permanecer pasivos e indiferentes ante el trágico drama de tantos pueblos que carecen de suficiente alimento, se ven costreñidos a vivir en un régimen de mera subsistencia, y encuentran por consiguiente, obstáculos casi insuperables para su debido progreso" (Juan Pablo II, Mensaje de Cuaresma 1989).

1.4. Los sin techo

Con ocasión del "Año Internacional de los sin Techo" promovido por las Naciones Unidas en 1987, el Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, por encargo de S.S. Juan Pablo II, realizó un estudio con información recogida en todos los países y continentes, sobre el grave problema de la vivienda. El estudio permitió descubrir las dimensiones alarmantes del problema que afecta a cerca de mil millones de personas, es decir al 20% de la humanidad.

El documento publicado por Justicia y Paz habla de las "multitudes en el mundo de hoy que nacen, viven, y mueren a la intemperie" (*¿Qué has hecho de Tu Hermano sin techo?*), son multitudes que no pueden vivir una vida digna, no poseen el espacio ni las condiciones para llevar vida de familia, para nacer, para crecer, para formarse, para protegerse.

Un proverbio popular dice que "tener casa no es riqueza pero no tenerla sí es mucha pobreza".

Sea por el fenómeno del creciente urbanismo, sea por el fuerte y rápido cambio hacia la industrialización, los que carecen de vivienda son los más pobres.

"En este contexto, donde emergen nuevas formas de pobreza, aquellos que no tienen casa constituyen una categoría de pobres todavía más pobres, que nosotros debemos ayudar, convencidos como lo estamos, de que una casa es mucho más que un simple techo, y que allí donde el hombre vive y realiza su propia vida, constituye también de alguna manera, su iden-

tidad más profunda y sus relaciones con los otros" (S.S. Juan Pablo II, Carta al Card. Etchegaray, diciembre 8/87, Doc. Los sin Techo de CPJP).

Al problema de los que carecen de vivienda, el citado Dicasterio no dudó en calificarlo de grave, de dimensiones alarmantes, de situación social de emergencia, de doloroso signo de los tiempos.

En el aspecto cuantitativo se habla de mil millones de hombres y mujeres sin vivienda, de los cuales cien millones carecen literalmente de un techo, entre ellos veinte millones de niños en América Latina duermen en las calles. En 1986, más de 600 millones de personas vivían en los grandes cinturones de miseria de las grandes ciudades.

A la luz de la Enseñanza Social de la Iglesia, el Consejo para la Justicia y la Paz, analiza el problema de la vivienda y sus causas, y llega a la conclusión de que el problema no es sólamente coyuntural sino también estructural. Más de mil millones de seres humanos sin vivienda están sufriendo la carencia de "algo debido" y por consiguiente se trata de una injusticia. El documento citado niega que se pueda llamar "cultura" a la forma de vida de familias y grupos que por muchos años han vivido sin una vivienda digna, "lo que no cubre las necesidades mínimas del hombre, solo o en familia —y de su propia dignidad, no puede considerarse parte de una cultura auténtica— (*¿Qué has hecho de tu Hermano sin Techo?*, n. 3.2).

1.5. Los Inválidos

Las estadísticas presentadas por la organización mundial de la Salud (OMS) indican que cerca del 10% de la población sufre alguna forma de invalidez y que en total son cerca de 516 millones de personas.

Detrás de esta inmensa multitud de personas que sufren, se encuentran diversas causas, en su mayoría relacionadas con la pobreza.

Entre los factores que causan invalidez, se encuentra en primer lugar la malnutrición, luego las enfermedades orgánicas, las enfermedades infecciosas, el abuso de alcohol y de la droga, los accidentes de tránsito, los accidentes de trabajo, las malformaciones congénitas y las enfermedades mentales.

En cifras absolutas tenemos, por ejemplo, que 100 millones de personas viven física o mentalmente inválidas a causa del hambre crónica, 40 millones son inválidos por el abuso crónico del alcohol o de la droga, 30 millones están inválidos o mutilados a causa de los accidentes de tránsito, existen 70 millones de sordos, 40 millones de ciegos, 40 millones de retardados mentales, 140 millones de enfermos psíquicos. Bien es cierto que estas enfermedades que causan invalidez también atacan a grupos sociales económicamente emergentes, sin embargo, las diversas formas de invalidez se multiplican en proporción directa en los grupos más pobres de la población.

Basta ya la enumeración de los inválidos para comprender que nuestra existencia normal está rodeada de un gran número de personas que sufren una limitación en su potencialidad de vida normal.

Así como ante los problemas del hambre, de los sin techo, la humani-

dad tendría soluciones para evitar muchas causas de invalidez; se podrían aplicar acciones preventivas como la vacunación, saneamiento ambiental, distribución de alimentos y de agua potable, una mayor acción preventiva contra el abuso del alcohol y de la droga, etc.

Nos encontramos aquí ante otro rostro de la pobreza cuyas causas no son sólamente coyunturales sino también estructurales.

1.6. Mortalidad Infantil

Uno de los indicadores de pobreza más universalmente aceptados es el promedio de esperanza de vida que alcanzan los adultos y el porcentaje de mortalidad infantil.

Según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEP) la mortalidad infantil reviste características alarmantes en los países pobres, y estas muertes son causadas por factores fácilmente prevenibles.

En los países desarrollados la mortalidad en los dos primeros años de vida alcanza al 16 por mil, mientras se eleva a más de 150 por mil en los países pobres.

Su Santidad Juan Pablo II hizo un angustioso llamado al mundo entero con motivo de la Cuaresma de 1988 y decía:

> "Os quiero llamar la atención sobre el escandaloso problema de la mortalidad infantil, donde las víctimas se cuentan por decenas de miles cada día. Unos niños mueren antes de nacer y otros tras una corta y dolorosa existencia consumida trágicamente por enfermedades fácilmente prevenibles".

Y continúa el Papa señalando cómo esta tragedia que sufre la población infantil es principalmente más aguda en los países menos desarrollados y en los sectores más pobres de la población.

En las familias más pobres, la muerte con rostro de desnutrición, de enfermedades respiratorias, de diarrea, arrebata la vida a un alto número de niños que no han alcanzado ni siquiera a dar los primeros pasos por el camino de la vida. Otro número importante de niños pobres logran sobrevivir pero quedan tarados de por vida a causa de la desnutrición o enfermedades infantiles que dejan secuelas graves en su desarrollo mental y físico; estos se presentarán en terrible desventaja en un mundo donde impera la competividad ya sea para el estudio o para encontrar un empleo.

1.7. El Analfabetismo

Los analfabetos del mundo son 1,150 millones de adultos y 200 millones de jóvenes en edad escolar. El 98% de los analfabetos se encuentra en el tercer mundo.

En la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* cuando se describe la situación del mundo, Juan Pablo II al lado de los índices económicos y sociales del subdesarrollo señala entre otros índices no menos preocupantes y negativos como: "El analfabetismo, la dificultad de acceder a la instrucción, la incapacidad de participar en la construcción de su propia nación..." (SRS).

El analfabetismo, en ciertos países especialmente del tercer mundo,

se manifiesta, no sólo como degradación colectiva, sino también como instrumento de opresión y de control de quien está en el poder contra una multitud de débiles porque no tienen la necesaria instrucción.

Como bien sabemos, la alfabetización no sólo se refiere a la educación, se trata de un proceso social complejo, de un desarrollo global y de una valorización de los recursos humanos que exige una acción continua y sostenida en diversos sectores.

1.8. Los Refugiados

Los refugiados, por su número y por la forma de vida que les toca soportar constituyen una categoría especial de pobres. Carecen de todo, han perdido sus bienes materiales y están privados de todos sus derechos. Han perdido la casa, la familia, la patria, la posibilidad de vivir según su propia cultura.

Este grupo de pobres lo encontramos también especialmente concentrado en el tercer mundo. Su cifra se calcula en 15 millones. Están en Asia, en Africa, y en Centro América especialmente.

La causa de tantos refugiados es la intolerancia y la falta de respeto a los derechos humanos.

Aquí se podría hablar también de los migrantes económicos, la mayoría de las veces empujados por la pobreza, por la falta de alimentos y de trabajo, emigran con pleno derecho a buscar condiciones mejores de vida.

1.9. La Desocupación

La desocupación es un mal que se presenta en todos los países y cuyos avance amenazador causa siempre nuevos grupos de pobres.

En 1983 el número de jóvenes desocupados, de los 15 a los 24 años, ha sido estimado en Africa de 105 millones; 80 millones en América Latina; 550 millones en Asia. Se calculaba que en los 20 años siguientes la masa de los desocupados alcanzaría el billón (Cf. Carrier Hervé, Cultures notre avenir, Presses Grégoriennes, Roma 1985, p. 66).

Además la remuneración del trabajo pierde valor sobre todo en los países agravados por la deuda exterior, como en América Latina y en Africa.

También Europa ve aumentar el número de desocupados. Se habla de 44 millones de pobres de los cuales 16 son de los desocupados.

1.10. EL SIDA

Dentro de este cuadro general de pobreza en el mundo, no podemos olvidar el creciente número de personas afectados por el SIDA, que constituyen una categoría extremamente necesitada de atención por parte de la Iglesia.

Las cifras aumentan cada día, la OMS habla de 120.000 enfermos de SIDA y de más de cinco millones de seropositivos, pero, agrega la misma fuente, que "seguramente la cifra es mayor porque la enfermedad no viene declarada por todos". Se está comenzando a difundir en los países del Este. La situación es alar-

mante en USA, en la Europa rica y en Africa.

1.11. La Pobreza Avanza

Avanzamos hacia una pobreza cada vez más aguda y más marginante. Sin embargo, gracias a la investigación y a las nuevas tecnologías, se encuentran cada vez más recursos y riquezas en el mundo, por eso se puede decir que en el mundo de hoy lo que existe son los pobres y no la pobreza.

Los debates sobre la deuda internacional han dejado al descubierto y han desenmascarado los viejos y constantes procesos de empobrecimiento a que están sometidos muchos pueblos.

Las medidas para reactivar la economía y superar la recesión, en gran parte han golpeado a los países más pobres que pagan un alto costo social para cumplir los pactos que se resisten a una humanización.

También en los países desarrollados crecen los pobres con toda una secuela de marginación e indigencia, y, lo que es más inhumano, con el desprecio de su mismo pueblo que le cierra las puertas. Las causas que durante mucho tiempo han empobrecido a países y grupos humanos no se pueden corregir solo con algunos gestos de ayudas asistenciales, es necesario una decisión más radical.

Los Religiosos pueden tener un papel de gran importancia en la lucha contra las causas crecientes del empobrecimiento, de las plagas que se están propagando de la drogadicción y del SIDA, del éxodo de ingentes grupos humanos, no solamente con las obras asistenciales, sino también y mejor con una acción preventiva de educación, de presencia entre los mass-media, de información colectiva y "capilar", para orientar la opinión pública e "informarla" desde dentro. Líderes políticos y gobiernos, multinacionales y dirigentes de industria, universidades e intelectuales, ninguno descuida la imagen que ella da al mundo: todos temen a la opinión pública. El ojo atento y educado del ciudadano puede hacer cambiar opciones políticas, sociales o financieras creadoras de "estructuras de pecado", causa de tanta miseria. Esta acción de hacer cambiar la mentalidad de las personas en un sentido cristiano es el mejor contributo para el progreso y también la mejor prevención de tantos otros males como la drogadicción y el SIDA. El alma será las constantes referencias al Evangelio, a la Iglesia y a su enseñanza.

II. INTERROGANTES QUE NOS HACEMOS COMO IGLESIA

2.1. Desde el Humanismo Cristiano

Los gestos de Cristo en favor de los pobres suscitaron de inmediato la admiración y aprobación de los que fueron testigos privilegiados.

Casi todos los santos de la Iglesia han sido canonizados por su dedicación a remediar las necesidades primarias de innumerables pobres marginados y azotados por el hambre, la enfermedad, el abandono, las guerras, los desastres. Son, a la vez, más populares aquellos santos que estuvieron más cerca del sufrimiento humano.

Multitud de cristianos han gastado su existencia al servicio de los

necesitados, salvando vidas, curando enfermos, defendiendo a los desprotegidos y a los tratados injustamente.

Con razón se ha calificado a la Iglesia de "experta en humanidad". El valor que el cristianismo atribuye a todo ser humano, sin excepción, tiene su fundamento en la teología. La Iglesia cree firmemente que la vida humana es creación del amor divino. La vida humana es la obra maestra d la actividad creadora de Dios. Para los cristianos, la vida de todos y cada uno de los hombres posee un valor tan grande casi como Dios mismo, por tratarse de una creatura que es imagen de Dios: "Y Dios creó al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó" (Gen. 1,27).

Y Jesús el Hijo de Dios, la Palabra de Dios que se hizo hombre, es el hermano mayor de la familia humana. Todo ser humano es miembro de esta familia de Dios: "El es la imagen de Dios Invisible, Primogénito de toda la creación, porque en El fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles" (Col. 1,15).

El pobre como el que no lo es, es imagen de Dios, es miembro de esta familia divina de la cual Cristo es el mayor. Cristo mostró especial preferencia por los más pobres, pues necesitan más ayuda y protección. Aún más, Cristo se identificó con los pobres:

> "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt. 25,40).
>
> "En verdad os digo que cuanto dejásteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejastéis de hacerlo" (Mt. 25, 45).

2.2. Desde el ejemplo de Cristo

Los pobres tienen la predilección de Dios. Dios es Padre de todos, es Dios de vivos y protege la vida, por eso viene en ayuda de aquellos cuya vida está más amenazada.

El Verbo de Dios se hizo hombre, entre los hombres pobres, por nacimiento, por categoría social. Los pobres son los primeros destinatarios de su anuncio (Lc. 5,20, Lc. 4,17-21). Ellos son privilegiados no porque son buenos, sino porque son pobres, porque el Mesías en nombre de Dios va a intervenir y devolverles la dignidad y la justicia violadas. Cristo privilegia sus encuentros con los hambrientos, con los enfermos, con los inválidos, con los marginados, para manifestar el amor paternal de Dios en cuyo nombre desarrolla toda su misión.

Cristo eligió la pobreza:

- *En su nacimiento:* "Estando allí (María), le llegó el tiempo del parto y dió a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no encontraron sitio en la posada" (Lc. 2,6).
- *En su familia:* "¿No es el hijo del carpintero? Si su madre es María y sus hermanos Santiago, Simón y Judas! ¡Si sus hermanas viven todas aquí!" (Mt. 13,55-56).
- *En su vida pública:* "Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Mt. 8, 20).

— *En su muerte:* "Después de crucificarlo se repartieron sus ropas echando suertes" (Mt. 27,35).

La acción de Dios en Cristo, cambia las relaciones sociales entre los hombres de su tiempo. Basta analizar la palabra del Buen Samaritano, donde responde a la pregunta del escriba: "¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna?" (Lc. 10,25). Para los judíos era imposible pensar que hubiera un samaritano bueno. Es la presencia del Reino la que hace posible que exista el Buen Samaritano.

En el discurso programático en Nazaret, (Lc. 4,16-30) Jesús se presenta como: el Siervo del Señor, ungido con su Espíritu para cumplir una misión particular:

— anunciar la Buena Nueva a los pobres
— dar la vista a los ciegos
— dar la libertad a los prisioneros, es decir, a los enfermos, a los que sufren, a los oprimidos moral y espiritualmente.
— anunciar un año de gracia del Señor.
— lucha contra el mal físico y espiritual.

El Reino de Dios no es una palabra consoladora, que deja las cosas como están y ayuda a aceptarlas con resignación. El Reino de Dios que Jesús anuncia es una realidad dinámica y transformadora.

El Reino de Dios inaugurado por Cristo, debe destruir la injusticia, la miseria, la opresión. El Reino de Dios no propone ni un mundo rico ni tampoco un mundo pobre, propone un Reino de justicia, de fraternidad, de solidaridad, de paz. La dinámica del Reino de Dios busca devolver la libertad a los oprimidos, el bienestar a los que han sido privados de esos bienes, la salud a los enfermos, la alegría a los que sufren la opresión, el retorno a casa a los que padecen la persecución y que están refugiados.

El humanismo cristiano introdujo una dinámica de comportamiento social decididamente antropocéntrica: "Si alguno dice que ama a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso" (Jn. 4,20).

Quien ama y sirve al hombre necesitado, quien ayuda al pobre, al enfermo, al que sufre, es al mismo Cristo a quien socorre: "En verdad os digo que cuanto hicistéis..." (Mt. 25,40) y, quien deja al pobre en su indigencia, no ayuda a promover al marginado, no socorre al necesitado, es al mismo Cristo a quien ha despreciado. "En verdad os digo que cuanto dejastéis de hacer..." (Mt. 25,45).

Ciertamente, se puede afirmar que, ante el proyecto de Dios que ha querido cuasi divinizar al hombre con la humanización de su Hijo, nuestra civilización cristiana y el humanismo que nos ufanamos de poseer se encuentra sólo en los inicios de su historia.

Ante el inmenso panorama de los diversos tipos de pobreza que se ven a lo largo y ancho de la geografía humana en el planeta, el interrogante puede ser múltiple: ¿el humanismo cristiano es falso o es verdadero? ¿es eficaz o ineficaz? ¿Ha cumplido su tarea de transformación o sólo la está iniciando?

2.3. Desde la Enseñanza Social de la Iglesia

Son muchos los pasajes que se podrían citar aquí para ilustrar la reflexión que nos proponemos. En primer lugar, miremos la respuesta rápida, generosa y audaz que dio la Iglesia en los albores de su historia. Para que no carecieran de lo necesario los más pobres y para que nadie se adueñara de lo superfluo, pusieron los bienes en común; "La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común... no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartían a cada uno según su necesidad" (Hechos 4,32-34).

Cuando se toma conciencia de que un grupo está mal asistido, de inmediato los Apóstoles junto con la comunidad buscan una solución, "... hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana... buscad de entre vosotros siete hombres, de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo" (Hech. 6,1-3).

El Concilio Vaticano II presentó en forma nueva la centralidad de la misión de la Iglesia al servicio del hombre y la preferencia por los que sufren y están más desprotegidos. En el exordio de la Gaudium et Spes, se proclama la solidaridad de la Iglesia con los pobres con una proclama que se ha convertido en programa ineludible:

"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo" (GS 1).

Más adelante hace una fuerte denuncia de la situación de injusticia social que sufren los pobres en gran parte del mundo (GS 63); y presenta en forma positiva la destinación común que tienen todos los bienes y dice: "Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para el uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa" (GS 69).

Son bien conocidos en todos los ámbitos de Iglesia los documentos del Episcopado Latinoamericano, especialmente los de Medellín y Puebla, donde la Iglesia con voz profética denuncia la pobreza creciente y amenazadora que azota cada día a nuevos grupos humanos; dice que se presentan por todo el continente con diversos rostros, los pobres tienen rostro de indígenas, de niños, de campesinos desposeídos de sus tierras, su clamor es creciente e impetuoso; no sólo carecen de bienes materiales, sino también de una plena participación social y política; así como la opción preferencial por los pobres fue para Jesús uno de sus signos mesiánicos, debe ser también para la Iglesia signo de autenticidad evangélica (Cfr. *Puebla*, No. 31 ss.).

En la actualidad el Papa Juan Pablo II nos recalca la urgencia de trabajar por un desarrollo integral que abarque todas las dimensiones

del ser humano, que no acumule para unos con el consiguiente empobrecimiento y marginación de otros, que sea un desarrollo solidario con todos los pueblos. Insiste en que la opción preferencial por los pobres "no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor". Ignorar toda esta realidad "significaría parecernos al rico Epulón, que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta" (SRS 42c).

La Enseñanza Social de la Iglesia se ha desarrollado notablemente. La denuncia de las injusticias y de las causas estructurales que se encuentran en la raíz de muchas pobrezas, han sido valientemente desenmascaradas. Ha presentado con claridad la centralidad que tiene la dignidad de todo ser humano en todo el discurso de la cuestión social.

III. DESAFIOS A LOS RELIGIOSOS

Al principio de este capítulo, sobre los desafíos y sobre las pistas de acción es necesario decir que asumir el desafío provocado por la pobreza que margina a un gran número de personas, es un deber del hombre, un imperativo de la solidaridad humana. Cada día se percibe más un grito irresistible que sube de la conciencia de todos los pueblos.

A nivel eclesial, entre los cristianos, este imperativo tiene motivaciones más profundas y razones trascendentes para los Religiosos; trae consigo también compromisos más explícitos y modelos más carismáticos.

El punto de vista del que parte mi reflexión para intentar dar una aportación relacionada con los desafíos, se sitúa desde la perspectiva de la intención providencial que tuvo Pablo VI cuando quiso crear un Dicasterio para la Diaconía de la Caridad en el centro mismo de la Iglesia. Cuando creaba COR UNUM en 1971, Pablo VI sentía la necesidad de restituir a la Iglesia el rostro de Iglesia del amor para que pudiera dar a los hombres el testimonio del amor de Cristo. Las respuestas a los desafíos que aligeran el problema de la pobreza en el mundo, los debemos formular en esta óptica: la Iglesia considera como un máximo valor, el ser una comunidad de amor al servicio de todos los pueblos.

Si se quiere concretizar mejor de qué modo los Religiosos pueden responder a este desafío, que por otra parte, existe para todos los hombres y para todos los cristianos, se podría empezar por aquello que específicamente les pide la iglesia. Para cumplir este compromiso podemos recurrir a los criterios de renovación que el Vaticano II indicó en el Decreto Perfectae Caritatis. Éstos criterios se refieren a tres puntos complementarios:

— fidelidad al Evangelio
— fidelidad al carisma inicial y al servicio en la Iglesia.
— a la luz de un atento discernimiento de los signos de los tiempos.

3.1. Desafíos desde la fidelidad al Evangelio

La Constitución sobre la Iglesia señala una relación clara entre la vida religiosa y el seguimiento a

Jesús cuando dice: "... imita (la vida religiosa) más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo... y que propuso a los discípulos que lo seguían" (LG 44); y en el Decreto "Perfectae Caritatis" reafirma que: "Ya desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que, por la práctica de los consejos evangélicos, se propusieron seguir a Cristo..." (PC 1).

Imitar más de cerca a Cristo en la Iglesia, significa para el Religioso un desafío en su ser, en su vivir, en sus opciones.

El Hijo de Dios, quiso ser pobre, nacer pobre, mezclarse con los pobres, amar a los pobres, evangelizar a los pobres; de tal modo se identificó con los pobres y necesitados que dijo que el bien que se hace al pobre se le hace a El mismo y lo que se deje de hacer por el pobre lo reporta como un desprecio hecho a El mismo.

La clave de interpretación está en que Cristo ama como Dios nos ha amado, con el amor de Padre misericordioso.

La vida del Religioso entregada al servicio y a la evangelización del pobre debe ser como un signo, casi como un sacramento que hace visible a los hombres el amor misericordioso y salvador del Padre. Debe estar motivada su entrega, conscientemente desde esta fuente dinamizadora, en tal forma que no la justifique por ningún otro proyecto ni político ni ideológico, sino por el proyecto salvífico del Padre.

El Religioso ha visto siempre en Cristo pobre un modelo luminoso de vida para:

— vivir pobre, con desprendimiento real, como signo visible y revelador.
— vivir entre los pobres con un estilo solidario en todo, menos en el pecado.
— denunciar las idolatrías de los hombres (riqueza, poder, descriminación) que crean barreras y distancias entre pocos cada día más ricos y multitudes cada vez más pobres.
— vivir y anunciar el amor dinámico y liberador que Cristo ha traído al mundo.

3.2. Desde la fidelidad al Carisma Fundacional y al servicio en la Iglesia

Los fundadores recibieron un carisma en la Iglesia y para la Iglesia. Como carisma eclesial que es la vida religiosa, el Espíritu Santo regala estos dones al servicio de la "única misión de la Iglesia", según el carisma de cada uno. Esta especial unión en la Iglesia de los que viven los consejos evangélicos la subraya el Concilio Vaticano II cuando dice: "es necesario que la vida espiritual de éstos se consagre también al provecho de toda la Iglesia. De aquí nace el deber de trabajar según las fuerzas y según la forma de la propia vocación, sea con la oración, sea también con el ministerio apostólico para que el reino de Cristo se asiente y consolide en las almas y para dilatarlo por todo el mundo" (LG 44).

Desde este principio podemos señalar algunos desafíos para la acción pastoral:

Cuando la Iglesia habla en términos pastorales de la "opción prefe-

rencial por los pobres", ¿cuál sería la especificidad que aportan los Religiosos ante el dramático problema de la pobreza en el mundo?

— ¿En sus vidas y testimonio pastoral?

— ¿En sus vidas y testimonio comunitario?

— ¿En sus obras e instituciones?

— ¿En la aplicación concreta de la Enseñanza Social de la Iglesia?

— ¿En el estudio y profundización de las consecuencias sociales del Evangelio sin dar pie a los reduccionismos y a las ideologizaciones?

— ¿Cómo hacer para que la experiencia vivida en la inserción pastoral en medios pobres, sensibilice a toda la Iglesia para que realmente se compartan gozos y esperanzas, tristezas y angustias?

— ¿Cómo hacer para que las obras sean siempre un testimonio de amor evangélico?

El apóstol Santiago nos enseña que "el hombre viene justificado por las obras y no sólo por la fe" (Santiago 2,24); la meta evangélica de la promoción integral del hombre se propone como doctrina pero se impone como amor en las obras concretas.

— Sin descuidar las investigaciones científicas para analizar las causas que genera la pobreza, ¿cómo hacer para explicitar que la motivación que mueve al Religioso para promover a los pobres es la dinámica transformante del Amor Trinitario que se comunica a los seguidores de Cristo?

— ¿Cómo hacer para que el proceso liberador de los pobres, la toma de conciencia de la injusticia a que han estado sometidos, no se convierta en odio de clase sino en desafío humanizador?

— ¿Cómo hacer para que el pobre cuando es ayudado en su promoción se abra a la gracia, a la evangelización y no se convierta a su vez en explotador de los más débiles?

— ¿Cómo hacer para que el Religioso en el trabajo pastoral con los pobres conserve su identidad y no sucumba a la tentación de servir a las ideologías y sistemas humanos?

— ¿Cómo hacer para que los modelos de solidaridad y humanismo que encuentren válidos en las experiencias de los Religiosos, puedan ser fuente de inspiración que oriente y canalice el inmenso potencial de humanismo que existe en grandes sectores, especialmente entre los jóvenes?

3.3. Desde el atento discernimiento de los signos de los tiempos

La Iglesia en el Vaticano II ha declarado que tiene ante sí al mundo, a toda la familia humana, con todos sus afanes, fracasos y victorias, para servirlo poniendo a disposición del género humano el poder salvador recibido de su Fundador. Para lograr un mundo justo y una fraternidad universal que corresponda a la vocación del hombre, "no impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu la obra misma de Cristo,

quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido (GS 3).

El discernimiento de los signos de los tiempos nos permiten descubrir nuevos desafíos que se plantean precisamente desde el mundo de los pobres.

¿Qué designio divino debemos descubrir en un mundo cada vez más rico por los descubrimientos científicos y los avances tecnológicos cuya posesión y usufructo enriquece cada vez más a unos pocos y agudiza la pobreza de otros?

¿Qué significa el clamor cada vez más fuerte universal y solidario de las grandes multitudes humanas que han tomado conciencia de la injusticia que soportan?

¿Qué significa la enorme sensibilidad y la capacidad de protestar de las multitudes ante ciertas violaciones de los derechos humanos?

¿Qué significa la generosidad y el deseo de compartir solidariamente que se manifiesta con ocasión de calamidades y catástrofes que muestran el drama del sufrimiento humano?

¿Qué significa la conciencia creciente en todos los pueblos de que es necesario restablecer una armonía y un equilibrio ecológico entre todos los seres de la creación?

¿Qué nos dice el reconocimiento de los mass-media y la admiración de las multitudes ante las personas "carismáticas" que se han dedicado y se dedican al servicio de los más pobres?

¿Qué pasa en nuestra sociedad que hoy más que nunca hace estudios y diagnósticos sobre la pobreza y sus causas, pero no pasa a formular y a ejecutar planes eficaces de ayuda solidaria?

La Iglesia ha hecho estudios, declaraciones, documentos solemnes sobre casi todos los tipos de pobreza y marginación, el Santo Padre no cesa de proclamar la dignidad de la persona y de presentar la enseñanza social de la Iglesia; pero ¿qué pasa en la conciencia de los cristianos que no se manifiesta en una fuerza transformadora y humanizante?

Soy consciente de que mi grave presentación del tema señalado no puede llegar a conclusiones propiamente dichas, éstas serán el fruto del diálogo en los grupos de trabajo, serán el fruto de la acción del Espíritu Santo que guía a la Iglesia y en Ella, a los que han optado en forma más radical por seguir el modelo de Cristo pobre.

Con el corazón lleno de esperanzas formulo a todos vosotros el deseo de un óptimo y proficuo trabajo, que me permito acompañar también con mis oraciones.

Los resultados que brotarán de este importante encuentro vuestro podrán tener de cierto consecuencias sumamente útiles para el Pontificio Consejo COR UNUM, de cuya familia habéis formado y formáis dignamente parte a través de los varios Superiores Generales que se han alternado en la representación de vuestra Unión.



SEÑOR, JESUS

Mi fuerza y mi Fracaso
eres tú.
Mi Herencia y mi Pobreza.
Tú, mi Justicia,
Jesús.
Mi Guerra
y mi Paz.
¡Mi libre Libertad!
Mi Muerte y Vida,
Tú.
Palabra de mis gritos,
Silencio de mi espera,
Testigo de mis sueños,
¡Cruz de mi cruz!.
Causa de mi amargura,
Perdón de mi egoísmo,
Crimen de mi proceso,
Juez de mi pobre llanto,
Razón de mi Esperanza.
¡Tú!
Mi Tierra Prometida
eres Tú...
La Pascua de mi Pascua,
¡nuestra gloria
por siempre,
Señor Jesús!